

012731

3

Ramos de violetas

✻ Colección de poesías ✻ ✻

✻ ✻ y artículos espiritistas ✻

de

Amalia Domingo Soler



VOLUMEN SEGUNDO



IMPRENTA DE CARBONELL Y ESTEVA S. en C.

Rambla de Cataluña, 118.—Barcelona

1903

Al Espíritu de Concepción

¡Pobre Ser! Cuán penosa fue tu peregrinación en la tierra, y con cuánta resignación sufriste la terrible prueba que tu pedirías en la erraticidad.

Tú eras joven y simpática, tu voz de ruiseñor y tu gracia andaluza, eran el encanto de todos los que te trataban. Adorada de tu esposo y querida de tus hijos, cruzabas por una senda de flores que para ti brotaron en el erial de la vida.

¡Eras feliz! las mujeres te envidiaban, los hombres te bendecían: la buena sociedad te recibía en sus salones y los pobres rogaban por ti. ¿Qué más podías desear? Pero esto era demasiada felicidad para la tierra; tu esposo para asegurarte un porvenir cruzó los mares hasta llegar a las playas de Filipinas.

Tu hija Lucía, aquella blanca rosa de los Alpes, aquella humilde violeta de los prados, dejó este planeta por otro mundo mejor, y los dos hijos que te quedaban se fueron a besar la tierra bendita que descubrió Colón y te quedaste sola, con tus recuerdos y tu esperanza en Dios.

Eras buena cristiana, pero tu Dios era el de la ley mosaica, terrible y sombrío, iracundo y vengativo: y tus noches fueron tristes y desconsoladoras. Tus labios repetían cien y cien veces las monótonas oraciones dictadas por la rutina, inspiradas por la costumbre. Todo tu afán era rogar por la salvación de Lucía y llorar amargamente por su pérdida. Las lágrimas del dolor empañaron el cristal de tus ojos, y quemaron tus brillantes pupilas.

Una mañana cuando el sol se levantó de su lecho de púrpura, cuando las flores abrieron sus corolas y las aves entonaron su hosanna y aleluya matinal, tus labios permanecieron mudos, tus ojos vidriosos: se habían petrificado. Pasaron algunas horas y murmuraste con débil acento: ¡Qué noche tan larga, Dios mío! Pero tu imaginación calenturienta y ardiente, comprendió que algo extraordinario se verificaba en tu organismo y preguntaste a Dios, con esa entonación inimitable, con ese gemido desgarrador que recoge sus modulaciones en el arpa de la agonía:

—¿Estaré ciega, Dios mío? Nadie te contestó, sólo escuchaste los comprimidos sollozos de tus servidores y no volviste a ver la luz del día.

II

Quince años has vivido así: ¿vivir? he dicho mal, has estado muriendo lentamente. ¡Pobre Concepción?... parece que te escucho hablándome de tu marido, al que amaste tanto, tanto, que le ocultaste tu desgracia por evitarle un nuevo sufrimiento; y cuando le faltaban pocos días para verte, murió bendiciéndote y escribiéndote una carta para que en ella fijaras (según él) tus hermosos ojos.

¡Papel bendito! que tú estrechabas contra tu corazón y que me hacías leer frecuentemente. Tu imaginación meridional de prodigiosa inventiva, y tu delicada percepción, te hicieron menos desgraciada en tu tristísimo estado.

Con una doble vista singular, cuando llegaba hasta ti un ser amigo, antes de hablarte,

antes que el eco de su voz hubiera vibrado en tus oídos, en su paso tardo o ligero, conocías el estado de su alma y adivinabas, sin equivocarte, si aquel ser sufría o gozaba.

¡Cuántas veces llegué a tu lado débil y triste, y al dejar un beso en tu frente me contabas mi propia historia! fenómeno que entonces no me explicaba, y si bien nunca he creído en los milagros, ni los hechos sobrenaturales los he aceptado jamás, sin embargo, yo te contemplaba y decía con admiración: esta mujer no es como las demás. Ahora me lo explico perfectamente, por la fuerza fluídica.

En la prolongada noche de tu vida y en tus horas de soledad, tu fanatismo religioso tomó gigantescas proporciones, y aunque la prensa periodística llevaba hasta ti la noticia de maravillosos inventos, la creación de nuevas sociedades que hacían germinar ideas desconocidas, si éstas no reconocían la infalibilidad del Papa, el cielo con sus improductivos ángeles y el purgatorio, (primera estación en el ferrocarril de la eternidad), si no se acataban, repito, estos absurdos, así fueran los propagadores de la nueva doctrina los hombres más científicos y los varones más justos, tú negabas en absoluto su ciencia y su virtud, y si alguna vez tu clara imaginación te hacía reconocer el adelanto actual, exclamabas con verdadero frenesí:

—Yo he vivido bien con mis creencias y no necesito saber más.

Cuando Galileo descubrió las manchas en el Sol, invitó a sus impugnadores a que miraran por el telescopio; éstos miraron, y al verlas, dijeron que los cristales eran los que estaban manchados. Galileo desarmó el antejo, limpió los cristales del lente y les dijo:

—Mirad ahora, pero entonces los sabios murmuraron: — «No queremos mirar.»

Tú, pobre amiga mía, descendías en línea recta de aquellos ciegos obstinados, así es que, cuando yo, siguiendo el empuje de la época, entré en la nueva senda de la investigación racional, cuando busqué en el análisis la incógnita de la verdad religiosa, entonces tú, que siempre me habías distinguido con un verdadero afecto, que me habías consolado en mis muchas aflicciones y había encontrado en ti, sino una identificación de mi alma, al menos un ser simpático y compasivo, todo tu cariño se trocó en aversión y me decías con el acento de la más insultante lástima:

—¡Era lo único que le faltaba a usted volverse loca!

Traté de convencerte, pero qué convencimiento cabe en la persona que dice: —no quiero oír, no quiero ver—sino quiere tocar; respeté tu doble infortunio y me alejé de ti, porque sabía que mi acento te hacía daño, pero me alejé con profunda tristeza porque tú eras buena, muy buena, y sólo tu exaltado fanatismo te hacía ser intolerante.

Tú eras de los que dicen, «cree o muere», y cuando tus hijos, siguiendo el progreso actual, creyeron únicamente en la razón, tú, que tanto los habías querido, lanzaste sobre ellos tu indignada y terrible maldición.

La ciencia de Guttemberg, presentó ante mis ojos el anuncio de tu muerte y lágrimas de ternura cayeron sobre tu nombre. ¡Debilidad y flaqueza puramente material! Siempre lloramos cuando desaparece de la tierra un ser querido.

La humanidad es aún demasiado egoísta, ¡qué importa que nos deje si su destierro acaba!... ¡Pobre amiga mía! Lloré por ti, pero al recordar los 19 años que has sufrido de tormentos, no puedo menos que bendecir tu muerte.

IV

Hoy que te habrás convencido de lo erróneas y lo absurdas que eran tus creencias, y que no contemplarás actualmente ninguno de los tres lugares que forjó la iglesia romana; hoy que sola con tu memoria leerás página por página, la historia de tu vida terrestre; hoy que verás con pena la ingratitud de unos, el olvido de otros, y la indiferencia en general; hoy la mujer que tu llamaste hereje y loca, negándole hasta el sentido común, esa mujer comete la locura de acordarse de los muchos beneficios que recibió de ti y de las melancólicas horas que pasó a tu lado.

Hoy, sin miedo a tus reproches ni a tu desvío, porque ya felizmente comprenderás la verdad de cuanto yo te decía, llego hasta ti y te digo: Que siempre te he guardado un recuerdo de ternura y te pido que, si puedes, te comuniques conmigo y que me digas si yo puedo hacer en la tierra algo por ti; y ya que tu aberración me apartó de tu lado en este mundo, y la muerte ha derribado la muralla de tus fanáticas preocupaciones, te puedo decir libremente sin temor alguno.

Ves como el Espiritismo es la cadena magnética, es el lazo fluídico que une todas las existencias. ¡Bendice conmigo, pobre espíritu errante, al nuevo Consolador! ¡bendice al Espiritismo!

¡Unamos nuestras plegarias, para que su eco resuene de mundo en mundo, y llegue hasta Dios!

1874

El Cristo de la laguna
(Epílogo de una historia)

En la antigua ciudad de la Laguna
que al pie del alto Teide busca abrigo,
tienen sus habitantes la fortuna
que la imagen de un Cristo milagroso
les devuelva a su hogar dulce reposo.
La efigie representa
a Jesús expirando en el madero:
¡sus ojos entreabiertos
tienen una expresión tan sobrehumana!
Sus labios contraídos
parece que modulan un sonido,
diciendo: acepta ¡oh! mundo
la santa ofrenda de mi amor profundo.

Se ignora el nombre del insigne artista,
del escultor gigante,
que supo presentar a nuestra vista
la figura de un Cristo agonizante
que no tiene rival sobre la tierra;
porque en ella se encierra
la materia en su triste desconsuelo
y el alma grande al elevarse al Cielo.

En la fiesta que al Cristo le dedican
hay una ceremonia:
pues recuerda al culpado
un algo doloroso del pasado.
El cuerpo de Jesús es desprendido
del madero fatal, y colocado
en un lecho cubierto
con tapices de negro terciopelo:
lavan la Santa imagen,
y aquel agua bendita
dicen que todas las dolencias quita.
A los tullidos vuelve ligereza,
a los ciegos la luz del claro día,
y a los que languidecen fortaleza:
¡es un agua especial, por vida mía!
El puro manantial de donde mana
debe llevar sin duda en sus raudales,
no la mentida santidad romana,
sino exactas virtudes minerales.
Pero la gente crédula y sencilla
desconoce a la gran naturaleza
y admite cual milagro y maravilla

lo absurdo, lo imperfecto, lo increado,
lo que en torpe mentira está basado.

Después que lavan el bendito cuerpo
del divino Jesús, entran los fieles
y van dejando impreso,
en sus pies y en sus manos santo beso;
permaneciendo en éxtasis profundo
ante la triste imagen
del adorable redentor del mundo.
Cuenta la tradición que los creyentes
que guardan en su historia,
unos de esos pecados...
que dejan honda huella en la memoria
al contemplar la efigie sacrosanta
del que salvó a los hombres
la sombra de su crimen se levanta;
la mirada del Cristo toma vida,
y escuchan una voz... allá muy lejos...
que dice lentamente «Dios no olvida»
el pecador vacila, se estremece,
contempla en lontananza,
las destructoras llamas del infierno
y perdiendo en su fe toda esperanza,
solo ve en su Hacedor, ira y venganza,
y sucumbe ante el hijo del Eterno;
sucumbe, si, abrumado
por el peso fatal de su pecado.

Esta es la historia lúgubre y sombría,
el poder misterioso
del Cristo que veneran á porfía,
los que creen que le deben un reposo
y sus benditas horas de alegría,
o el hecho singular, maravilloso,
de morir sin tormento ni agonía,
al recordar la historia
de un algo confundido en la memoria.

¡¡Humana ceguedad!! Que, a un cuerpo yerto,
que solo el arte pudo débilmente,
dejar un rayo en su marmórea frente
de esa luz que los genios idealizan,
le quieren dar las máximas romanas
poder moral, y sentimiento y vida:
¿cómo olvida las leyes soberanas
esa Roma fanática y descreída?
¿cómo inculcó en la mente de los hombres
tanto error, tan Punible apostasía?
para explotar sin duda los filones

que presentó la ciega idolatría.

A la fiesta del Cristo Lagunense
una vez asistí; vi a los cristianos
que entraban a mirar la Santa imagen
y a revelar recónditos arcanos.
Los unos a los otros se miraban
con atención profunda;
esperando que alguno se inclinara
para dormir el sueño de la tumba.
Una mujer hermosa y expresiva,
se aproximó a besar la efigie santa:
su mirada era límpida y tranquila;
firme y segura su ligera planta.
Un hombre audaz, de fiero continente,
de mirada magnética y sombría,
se adelantó también rápidamente,
y algo siniestro en su semblante habla.
Los dos llegaron ante el Cristo Santo,
los dos miraron con temor sus ojos;
ella en los suyos reveló el espanto,
y él la miró con ansiedad y enojos.
Ella cayó de hinojos, conmovida,
y todos los presentes se acercaron
queriendo analizar de aquella vida
misterios que hasta entonces ignoraron.
¡Oh! ¡Poder del Señor dijeron unos
¿Qué será? ¿qué será? preguntan otros,
y él dijo con desdén: —«Sois importunos,
esto me atañe a mí, mas no a vosotros.
Es que al llegar el tiempo prefijado
por eso que llamáis la providencia,
el mortal reconoce su pecado
porque escucha la voz de su conciencia,
no es esta imagen la que cobra aliento,
es el recuerdo que surgió en la mente;
esta mujer que ha sido mi tormento
reconoce su falta y se arrepiente.
Pero es muy tarde ya, adiós Señora".
Y con ademán fiero,
abandonó la estancia en que adoraban
a Jesús espirando en el madero.
Prendedle, gritan todos a porfía,
ese hombre es un hereje, es un ateo,
ha de pagar bien cara su osadía:
(pero él burló de todos el deseo).
Ella también se levantó anhelante
diciendo así: «vuestra piedad invoco:
con su infortunio, ya tiene bastante,
tenedle compasión, porque está loco».

Gritos, alarma, confusión, ruido,
amenazas, tumulto, imprecaciones,
quejas, murmullos, todo confundido...
se mezclaba á fervientes oraciones.
¡Cuántas suposiciones
se hicieron de esta escena dolorosa!;
muchos creyeron que ella
era tal vez la víctima expiatoria,
de una terrible historia;
otras le acumularon
una serie de faltas, y... ¡quién sabe
si todos al juzgar se equivocaron?
Este es el triste fruto
que ofrecen las sagradas tradiciones;
falsas supersticiones,
fanáticas mentiras;
sólo le pueden dar a los mortales
vanos consuelos y profundos males.

Adoremos a Dios, analizando
las Santas Escrituras;
historia fiel de todas las edades:
pasadas, y presentes, y futuras.
La luz del Evangelio
nos aparta del borde del abismo;
crónica de los tiempos que nos dice
que en medio del fatal oscurantismo
siempre una voz se levantó potente,
tu poderosa voz ¡Oh! ¡Espiritismo!
¿Qué son las profecías?
¿las mágicas visiones?
¡sino revelaciones
de mundos que el mortal no comprendía!
A Dios no puede definirlo el hombre,
ni comprender la ciencia de ultratumba;
por eso cuando quiere darle un nombre
en su misma ignorancia se derrumba.

Cartas íntimas

A mi hermano en creencias D. Manuel Perez Gaya

Hermano mío: Entre los grandes hombres que han dejado en este planeta un recuerdo imperecedero, se cuenta Guttemberg, y según mi voto particular, ha sido uno de los mejores obreros que han trabajado en la gran fábrica de la civilización universal; ha sido, sin duda alguna, el que ha puesto en comunicación y contacto los pensamientos que han germinado en el cerebro de la humanidad.

Médium mecánico, corriente eléctrica por la cual han sentido un fuerte sacudimiento todas las clases sociales.

¡Oh, sí! La imprenta es el segundo sol que irradia sobre la tierra. El primero, ese astro de fuego que con su calor fecundiza nuestros campos y vigoriza nuestro cuerpo, nos da la vida física, es nuestro primer elemento material, despertando al mismo tiempo en nuestra mente un sentimiento de adoración, sentimiento que fue el culto religioso de los pueblos primitivos.

Pues bien; cuando el cielo se cubre con franjas de púrpura y de armiño, que parecen trazar líneas y signos cabalísticos; cuando el hombre lee en el horizonte la historia de la eternidad, siente una necesidad imperiosa de traducir (aunque imperfectamente) algunos capítulos de la inmensa obra de la creación, y su cabeza arde, y su corazón late, y su mano se siente impelida por una fuerza superior y extraña, y el hombre escribe; mas luego de haber escrito, después de haber acariciado al hijo de su pensamiento, se queda absorto y pensativo, porque no le basta sentir él únicamente, necesita que sientan los demás con su mismo sentimiento; porque la aspiración constante del hombre, es la asociación, la unión de razas, la fusión de intereses materiales, la complementación de afectos y de ideas.

La humanidad se unió primero por el instinto natural, después por la mutua especulación, y más tarde, por un sentimiento mucho más elevado, por el de la fraternidad social, y desaparecieron las montañas, y los mares, y las naciones no tuvieron fronteras, y los sagrados libros de las tradiciones divinas, y los códigos de las humanas leyes se multiplicaron como el pan y los peces de Jesús, por medio del maravilloso invento de Guttemberg...

¡Gloria eterna a la memoria de tan grande hombre!

La humanidad camina lentamente por la senda del progreso; pero se ve una marcada tendencia a comunicarse los hombres entre sí: antes se disputaban a un Dios por medio de mandobles y cuchilladas, y las sangrientas luchas de todas las sectas religiosas, nos dan una prueba de ello. En cambio, hoy, no se necesita acudir a los campos de batalla para implantar a un Dios y a una creencia en los diferentes grupos sociales. Hoy, en los parlamentos, por medio de la oratoria, y en el terreno neutral de la prensa, usando del libro y del periódico, las escuelas filosóficas se extienden, discuten, comparan y analizan, y si aún no han llegado a encontrar la luz, al menos... van en pos de ella, se está escribiendo, digámoslo así, el prólogo de la fraternidad universal.

Desde los más profundos pensadores, desde esos hombres eminentemente sabios que piden a la filosofía y a la ciencia la causa del efecto, hasta las más humildes inteligencias que creen, porque ven, creer, se nota hoy un afán creciente de comunicarse los unos con los otros, y aunque todavía existen excomuniones para algunos genios privilegiados y hogueras para quemar los libros que brotaron de su mente, el progreso sigue adelante y los folletos se reimprimen, y los periódicos se multiplican, y la idea se reproduce, y los pensamientos se encadenan, y resuena una voz que encuentra eco en todos los confines de la tierra.

La civilización se levanta potente, aunque sus pies se hundan todavía en un arenal empapado de sangre y de lágrimas; pero la unión es la fuerza, y triunfaremos por más escollos que encontremos en nuestro camino.

Las hormigas, en su laborioso trabajo, nos trazan la línea de conducta que debemos seguir. Ellas se unen para llevar el trigo a sus graneros; nosotros también nos debemos unir, para que nuestras débiles voces formen una sola voz que resuene en las cabañas y en los palacios, en los bosques vírgenes de la India y en las universidades de Alemania, de polo a polo, de zona a zona; los espiritistas debemos ser las hormigas de la civilización; por eso cuando mi pobre acento encuentra eco, experimento una íntima satisfacción al escuchar una voz amiga que me pregunta: ¿quién eres?...

Yo tengo un placer en contestarla y en decirle: soy uno de los innumerables átomos que componen ese cuerpo llamado progreso; soy uno de los granos de arena, que arrastra el viento del adelanto hasta el pie de las montañas de la investigación y del análisis; soy uno de los muchos proscritos, que sueñan con una patria mejor; soy un ciego, que busca la luz y que le pide al Espiritismo la suprema irradiación de la verdad. Si, soy espiritista; pero espiritista sin fanatismo, conozco que nuestra creencia no ha salido aún del periodo embrionario, y que necesitamos tiempo, mucho tiempo, para recoger sazonados frutos. Pero los recogeremos, porque la humanidad no puede retroceder jamás.

Sigamos, hermano mío, la senda que nos hemos trazado; el lema de nuestro escudo ya sabes cuál es: Hacia Dios por la caridad y por la ciencia. Ahora bien; la ciencia no se reduce únicamente a buscar los fenómenos de la naturaleza en sus múltiples centros de acción, no; tengamos ciencia para conocer el corazón del hombre, y estudiemos detenidamente sus metamorfosis y sus antítesis, y practiquemos la caridad, no dando dos cuartos a un pobre solamente, sino inquiriendo y preguntando el porqué de su pobreza.

Adiós, hermano mío. Ya sabes quién soy; pertenezco al gremio de esos pobres locos que buscan la verdad y encuentro a Dios en la naturaleza, como lo encuentra Camilo Flammarión; las fórmulas, los ritos y los dogmas, todos me parecen pequeños, ninguno me satisface para alabar al Ser Omnipotente. Pero, si veo en el misterio y en el silencio que un ser bueno y compasivo enjuga las lágrimas de un desventurado, entonces exclamo con íntima efusión:

¡Este es el culto digno de Dios!...

¡Bendita sea la verdadera caridad!

El amor propio

El hombre es un compuesto de substancias,
tiene de imperfecciones grande acopio;
y le vence en diversas circunstancias,
su genio tentador, el amor propio.

Sentimiento fatal que lo domina,
enemigo que siempre le persigue,
y que causa del hombre la ruina
porque su envidia despertar consigue.

Las guerras desastrosas que pasaron,
y hundieron en el polvo a las naciones,
y las huellas sangrientas que dejaron
a su paso las mil generaciones.

Las luchas de las razas, ese encono
que guarda el corazón mudo y sombrío,
y ese sordo rumor que, al pie del trono,
produce el pueblo en su profundo hastío.

Las sectas y distintas religiones,
el desencantador materialismo,
y las mil filosóficas razones,
su principio y su fin son uno mismo.

Demostrar con orgullo y suficiencia
hipótesis, delirios y teorías,
diciendo cada escuela: «Mi creencia
es la más razonada en nuestros días».

¡Imposición fatal! ésta nos lleva
a dudar de los hechos verdaderos,
a aceptar otras leyes nos subleva,
porque en verlas no fuimos los primeros.

¡Mezquina condición tenemos todos!
Pero bien dice la común sentencia
nuestra culpa pagamos de mil modos,
que en el pecado está la penitencia.

¡Si en el triste horizonte de esta vida
sirviera la razón de telescopio...!
la humanidad no fuera fratricida
si no nos dominara el amor propio!

Imagen del progreso indefinido
es el hombre del mundo el soberano;

y aún en la tierra vive envilecido,
porque él es de sí mismo su tirano.

El hombre sólo llegará a ser grande,
cuando de otros respete la grandeza;
no al derecho divino que nos mande,
de reyes que formó nuestra flaqueza.

No dándole a una raza privilegio
porque ésta nos venciera en la batalla,
no concediendo a un hombre timbre egregio
porque éste en su ambición no tuvo valla.

Y en cambio dando, si, justos derechos
a sabios y profundos pensadores,
y de la ciencia analizar los hechos,
sin pasión, sin envidia y sin rencores.

¡Ay! si el hombre llegara sin encono
a comentar doctrinas y teorías...
sí sólo la razón tuviera un trono,
cuánto mejor ¡oh humanidad, serias!

¡Si a comprender llegaras lo que vales,
si de tu pequeñez te convencieras!...
¡Sobre ti no pesaran tantos males
y tu fatal destino engrandecieras?

¿Por qué has de rechazar lo que no has visto?
¿Por qué eliges la sombra sin disputa?
¡Que en una cruz sacrificaste a Cristo
y a Sócrates le distes la cicuta!

Y le llamaste loco a Galileo...
y a Guttemberg también lo desdeñaste...
y a Colón le dijiste: «no te creo».
¿Por qué siempre tan pobre te mostraste?

¿Por qué? Porque tu envidia y tu ignorancia
te dio el sueño letárgico del opio,
y no quisiste aceptar distancia
porque ésta no la admite el amor propio.

Y esta distancia existe, en tiempo dado;
aunque en nada difiere nuestra esencia:
que, para el bien, el hombre fue creado,
mas hay en su adelanto diferencia.

Los hombres al nacer, unos prefieren
el negro lodazal al limpio río,

otros las zarzas, que punzantes hieren;
para elegir tenemos albedrío.

Pues si a nuestro placer todos podemos
señalarnos un punto de partida,
si como las arañas nos tejemos
la tela en que se envuelve nuestra vida.

¿Por qué queremos que el profundo sabio
tenga el mismo valor que el ignorante?
¿Y por qué niega nuestro torpe labio
del genio audaz la inspiración gigante?

Por qué desconocemos nuestra esencia,
que si bien al nacer somos iguales,
existe una notable diferencia
en nuestras condiciones especiales.

En todas las escuelas he buscado
para la humanidad fácil camino,
pero en ninguna de ellas he encontrado
lógica deducción de su destino.

Solo el Espiritismo nos responde
dándonos profundísimas razones;
y adivinar nos hace cuándo y dónde,
nacieron nuestras míseras pasiones.

Solo el Espiritismo nos revela
que límites no tiene nuestra vida;
solo por él, si el pensamiento vuela,
encontramos un punto de partida.

Pero el Espiritismo es rechazado
como lo fue Jesús, de igual manera:
porque el Espiritismo ha demostrado
que el hombre es quien se traza su carrera.

Por eso, cuando un hombre ha progresado
y nuestra pequeñez nos evidencia,
su innegable grandeza hemos negado
y locura clamamos a su ciencia.

Por eso, no queremos de ultratumba
ni su revelación ni su consejo,
por qué el Espiritismo nos derrumba,
que es de nuestra conciencia el claro espejo.

Pero la hora es llegada, y lentamente
tiende su manto la moral cristiana,

y si aún la humanidad no se arrepiente,
al menos se preocupa del mañana.

Y estudian, y comparan, y analizan,
queriendo saber unos más que otros,
pero al fin si en la esencia profundizan
que adelanten aquellos a nosotros.

La cuestión es llegar a conocerse,
sin que el necio amor propio tienda un velo,
pues solo podrá el hombre engrandecerse
si su razón le sirve de escalpelo.

¡Espiritismo! ¡Universal historia!
¡Recuerdos de la infancia de la vida...
si lográis despertar nuestra memoria,
el hombre dejará de ser deicida!

1874

Impresiones tristes

¡¡Angela!!

¡Angela! ¡Pobre mártir! ¿Qué crimen cometiste ayer, para sufrir tanto hoy? ¿Por qué tu blanca frente, coronada de negros y brillantes cabellos, se inclina abrumada bajo el peso del infortunio?... ¿Por qué tus ojos perdieron la luz del día? ¿Por qué tu talle gentil, se doblega como el lirio, cuando lo sacude el viento? ¿Por qué llamas y nadie te responde? ¿Por qué, Angela, por qué?

¿No guarda un recuerdo tu memoria de tu pasado... perdido en la noche del tiempo? ¿No escuchas una voz secreta, vaga, indecisa y confusa, que te cuenta algo de ayer? ¡Ay! no; no, la escucharás; si la escucharás, si la humanidad supiera por qué sufre, dejaría de padecer; ¡el hombre se queja porque no conoce su deformidad, ve los efectos, pero ignora las causas!

¿Qué podrás decir en tu desesperación de la providencia divina, si desde la temprana edad de cuatro años empezaste a padecer, y perdiste sucesivamente a tus padres, a tus hermanos, a tus amigos, y te quedaste sola, completamente sola, sin más amparo que la caridad humana, que te abrió las puertas de un hospital, donde vives muriendo, sin ver la luz del día, sin escuchar una voz que resuene en tu alma... y todavía eres joven, elegante y distinguida, todavía conservas ese instinto de coquetería innato en la juventud!... ¡Pobre Angela! ¡cuánto he sufrido al conocerte! Yo te he seguido en la sombría noche de tu vida, y me ha causado espanto tu dolor; porque tú no eres una mujer vulgar, no; en tu frente se revela el sentimiento, y tu voz es dulce, acentuada por la pasión. ¡Dios mío! ¡Gran Ser Omnipotente! si yo no conociera el Espiritismo, te negaría, obcecada por el dolor. ¡Porque este mundo, mirándolo aisladamente, no es más que un horroroso cúmulo de anomalías, de absurdos y de crímenes!

¿Por qué tanta hipocresía? ¿Por qué los asilos de beneficencia han de ser penitenciarias, en vez de ser lugares de reposo, parajes de quietud?

Hubo una época en que estuvo de moda escribir ingeniosas y entretenidas novelas históricas, con el epígrafe de Misterios, y se publicaron los misterios de París, de Londres, de Rusia y de Barcelona, y misterios de las cárceles civiles y religiosas; ¡y yo, siguiendo el gusto de aquel tiempo, escribiría, si pudiera, los misterios de los hospitales! ¡Cuántas historias dolorosas! ¡Cuántas tramas maquiavélicas! ¡Qué mala es la humanidad! ¡y aun dicen que el hombre es la imagen de Dios!... lo será en otros planetas... ¿en éste es la personificación del mal...?

En la vida apacible y sosegada, donde cada individuo vive rodeado de las precisas comodidades, disfrutando de cierta independencia en su acción, no se ponen de relieve verdaderamente las malas condiciones que poseemos: la envidia y el egoísmo, duermen en tranquilo sueño, porque la abundancia y el bienestar no turban su reposo; pero cuando se vive en comunidad, cuando nos vemos rodeados de una turba extraña, a la cual no nos une más lazo que el mutuo infortunio, entonces es, cuando demostramos lo poquísimo que valemos, patentizando el triste y lamentable estado de nuestro espíritu. Para mí son libros abiertos los hospitales, los asilos de los mendigos y las casas de beneficencia, donde recogen a los niños desheredados en la tierra. Allí veo escrita a

grandes rasgos la dolorosa historia de la humanidad: cuando cruzo sus sombríos salones, cada individuo que contemplo, es una palabra del inmenso diccionario de la desgracia y del dolor, tan elocuente para mí, que me atrae como el imán al acero. Yo les pregunto con afán indecible a aquellos desventurados, por su pasada historia, y mi mente aun va más allá, porque dejo a un lado los episodios terrenales y busco en sus pasadas existencias el alfa de esta omega.

Cuando te vi, Angela mía, me pareció haberte visto en otra parte; tu simpática figura no me era desconocida; tu voz me recordaba algo, ¿dónde? ¿cuándo? no lo sé; pero tu desventura me hizo derramar lágrimas, y si alguna vez he sentido la impotencia de la pobreza, sin duda alguna ha sido al contemplarte.

Te he visto en mis sueños y vives en mi memoria, y yo anhelo hacerte conocer las consoladoras creencias del Espiritismo, porque conociéndolas serás más feliz, ¡oh! ¡sí, indudablemente lo serás!

Tus quejas serán menos amargas y tu existencia menos sombría; esperarás en mañana, ahora no esperas en nada, y quieres morir, y buscas en el suicidio el término a tu dolor; no lo extraño, ¡pobre mujer! Tus ojos no ven la luz, tu mente no abriga una esperanza, y los seres que te rodean, los unos te maltratan, los otros te exasperan, sin estudiar tu carácter, sin compadecer tu dolor, y febril, delirante y desesperada, ¡pidas misericordia y nadie te responde!

Dice el adagio: «Llórame solo, y no me llores pobre», tú estás pobre... y sola, ¡completamente sola...!

Angela, yo nada soy en la tierra; soy una de las muchas hojas secas que arrebató el vendaval de la vida; pero más dichosa que tú, aun mis ojos contemplan la luz del día, y mi mente divisa en un más allá, la esplendidez del infinito, la grandeza sin límites de la eternidad.

¿Quieres escucharme? ¿Quieres que yo te enseñe a deletrear en los mismos libros que yo aprendí? Sí; escúchame, yo te lo ruego; yo quiero que tú sientas como yo siento; yo quiero que tú esperes como yo espero: nuestras almas pueden comunicarse y nuestros pensamientos confundirse, y aun la sonrisa se puede dibujar en tus labios pálidos y la esperanza irradiar en tu marchita frente.

Escúchame, Angela, atíndeme: es necesario, es indispensable, que sufras con resignación evangélica la expiación que tú misma has elegido, que la soportes con valor. La prueba es terrible, superior a las débiles fuerzas humanas, no cabe duda; pero si caes bajo el peso de tu cruz, tendrás que atravesar nuevamente la calle de la Amargura; aún es tiempo, eres joven todavía y puedes adelantar los años que has perdido; ven, apóyate en mí, los momentos son preciosos; no perdamos ni un segundo; el Espiritismo te llama; el Espiritismo te tiende sus brazos, refúgiate en ellos y llegará un día que aceptarás tu martirio como el pago sagrado de una deuda contraída ayer y tus horas de angustia se tornarán melancólicas y serenas: yo te ofrezco el ramo de oliva, yo te brindo la paz y la esperanza, y con la comunicación del mundo visible con el invisible, dejarás de creer que estás sola, te verás rodeada de los seres queridos por quienes lloras.

Tú vejetas en el desierto, yo te llamo para llevarte a un vergel donde es eterna la

primavera; tú vives en la sombra, ven a la luz; tú tienes sed de justicia, yo te haré comprender la omnipotencia del Eterno.

Los hijos del Corán dicen: Alá es Alá y Mahoma es su profeta. Tal explicación no satisface al alma. Yo te diré, que sólo Dios es grande, que es la causa de todas las causas, la eterna fuente de donde brotan todos los manantiales de la vida, y que el Espiritismo es hasta ahora la filosofía más profunda, la moral más pura, la ampliación del Cristianismo, el que da la idea más aproximada de la suprema justicia; escúchame, Angela, oye mi voz, el Espiritismo te llama, ¡ven, Angela, ven!

1875

A la infantil poetisa

Catalina Carreras

Que eres médium juraría;
tu gigante inspiración;
y sin duda irradiación
de otro espíritu, hija mía.

Que aún es muy corta tu edad
para que puedas sentir
lo que expresa tu decir
con tanta facilidad.

Tú nos pintas de la vida
las luchas y las pasiones,
y las grandes convulsiones
porque se ve combatida.

Y al recordar a tu padre
con sentimiento profundo,
yo no encuentro en este mundo
nada que a tu elogio cuadre.

Dices tú: «Sin dulces lazos»,
«qué espero, sino esa suerte...»
«debe ser horrible muerte...»
«morir de la muerte en brazos!!...»

¿Se puede expresar mejor,
la muerte en la soledad?
sin lágrimas de piedad...
sin un suspiro de amor...!!

¿No nos dice ese lamento
grande, gigante y profundo:
¡que es el huérfano en el mundo
hoja, que arrebató el viento!...

¿Y quién lo define así?
una niña de diez años,
lamentando desengaños
que aún no habrá encontrado aquí!!

No hay más que mirar tus ojos:
en su infantil expresión
no hay la reconcentración
que nos dejan los enojos.

Cantas como canta el ave
en medio de la enramada,
sin sentirse impresionada
por tu cantiga suave.

Eres la niña hechicera
sin saber que eres poetisa,
y tu cándida sonrisa
aún no recuerda ni espera.

Y por eso, sin temor,
dije: que médium serías;
porque encuentro en tus poesías
no a la niña, al pensador.

Eres médium, sí; no hay duda,
de un espíritu elegida:
engrandecerás tu vida,
porque su genio te escuda.

¡Que un espíritu elevado,
para su revelación
no se pone en relación
con un ser degenerado!

Busca un alma bien templada
al calor del sentimiento:
que responda a su lamento
una voz apasionada.

Los médiums son los profetas
de las pasadas edades,
que a las nuevas sociedades
trazan órbitas concretas.

Depositarios sagrados
de crónicas legendarias,
que transmiten las plegarias
de nuestros antepasados.

¡Si comprendéis la misión
tan grande que aquí tenéis,
mucho bien al hombre haréis,
en su peregrinación...!

¡Catalina! ¡Niña hermosa!
tú por un genio elegida,
debes de ser en tu vida
noble, pura y generosa.

Tú tienes que responder
a esa voz, que en ti resuena,
porque si no eres muy buena,
te verás languidecer.

¡Perdiendo la protección
de aquél que tus pasos guía...!
oye un consejo, hija mía,
que nace de la razón.

Eres niña y hechicera,
y te brindarán amores,
y encontrarás muchas flores
en tu hermosa primavera.

Y la torpe sociedad
con sus plácemes y halagos,
entre sus perfumes vagos
te hará ver la vanidad!

¡Y si atiendes al murmullo
de ese áspid, que el mundo encierra,
será tu genio en la tierra
crisálida de tu orgullo!

Tú puedes llegar a ser
faro de un seguro puerto;
ten para elegir acierto
de ser ángel o mujer.

No abrigues hoy la creencia
que es tu espíritu el gigante;
¡aún no has vivido bastante,
es muy corta tu existencia...!

No hay más que mirar tus ojos;
en su tranquila expresión
no se ve la decepción
que nos dejan los enojos.

Eres médium; si al vivir
cumples tu misión bendita,
tú nos dejarás escrita
la historia del porvenir.

Que tu espíritu en unión
del que hoy suspira en tus quejas,
nos contará las consejas
que guarda la tradición.

Y con inspirado acento
y sentimiento profundo,
repetirás de este mundo
el tristísimo lamento.

Que por una sabia unión
se enlazó la raza humana,
el pasado y el mañana,
la ciencia y la inspiración.

Una escala musical
somos los humanos seres,
tú puedes llegar, si quieres,
a dar un dó universal.

¡Dó sublime, sin segundo,
que al perderse en la extensión,
una eterna vibración
repita de mundo en mundo...!

Y los siglos que vendrán
con su adelanto y su gloria,
en los fastos de la historia
un lugar te guardarán.

Contemplo tu porvenir, ¿ves?
el infinito es tuyo,
si por el mundano orgullo
no te dejas seducir...!

De mi voz franca y leal
nunca olvides el consejo,
la sanidad es un espejo
que nos retrata muy mal!

Si halla mi voz eco en ti,
será mi mayor victoria:
que guardes en tu memoria
un recuerdo para mí.

1875

Los aniversarios de ultratumba

I

Los pueblos en todas las edades han tenido preocupaciones y supersticiosos presentimientos: piadosas creencias que han dado lugar a un temor reconcentrado para ciertos días y épocas del año.

Los incrédulos han llamado a estos accidentes casualidades, y lo cierto y real es, que muchas veces periódicamente se repiten sucesos prósperos o adversos, sin darnos cuenta de por qué suceden.

Mirando nada más que la vida de este planeta, seguramente que muchos acontecimientos nos parecen que no guardan relación entre sí; pero como esta existencia no es más que un pequeño eslabón de la inmensa cadena de la eternidad, resulta que todo se enlaza, se complementa, se unifica, condensándose con los vapores y las brumas, para formar más tarde cuerpos sólidos; del mismo modo nuestras lágrimas y nuestros suspiros, nuestras sonrisas y nuestras miradas, tienen su razón de ser y componen en un tiempo dado una etapa de la vida.

Decimos muchas veces: estoy contento o disgustado, no sé por qué; pues tiene su porqué nuestra melancolía, tiene su causa nuestra íntima satisfacción. Del mismo modo que en la tierra se conmemora un acontecimiento notable, sea del género que sea y se consagra al héroe un recuerdo imperecedero, de la misma manera nos pueden recordar a nosotros los espíritus, que ayer nos tuvieron a su lado, compartiendo su vida en otro planeta, y el fluido benéfico de su cariño y de su admiración, puede muy bien llegar hasta nosotros, haciéndonos experimentar una dulcísima sensación; no de otro modo pueden explicarse las intempestivas alegrías, y los espontáneos sufrimientos que nos dominan repetidas veces, sin podernos explicar ni encontrar razón precisa que nos manifieste o nos descifre el problema. Y no sobre individuos aislados, sino sobre pueblos enteros, se nota que pesan épocas apocalípticas que con mayor o menor intervalo se reproducen las calamidades, pero siempre en una misma estación.

II

En Irlanda se tiene horror al mes de noviembre, y lo llaman el mes negro, augurando un triste porvenir al niño que nace en uno de sus nebulosos días, especialmente si es viernes.

Hubo un rico armador que quiso quitar tan arraigada preocupación y mandó hacer una fragata empezando la obra en viernes, la botó al agua en viernes, la puso por nombre viernes, se dio a la vela en viernes, y en la misma tumba de los mares quedó el buque con toda su tripulación; la preocupación, se trocó en espanto, el terror creció y decían los buenos irlandeses que los malos genios estaban sueltos en el otoño.

¿Quién sabe los crímenes que cometería el pueblo irlandés en la noche de su pasado, y por eso tendría una periódica expiación?... ¡Crímenes ignorados! ¿por qué? me dirán nuestros impugnadores. ¡Si la historia no dice nada, de nada se le puede acusar!

¡Ay! la historia no guarda íntegra ni exacta la epopeya secreta de los pueblos: describe a

grandes rasgos los hechos más culminantes, quedando escondidos en el silencio y sepultados en el misterio, la causa de muchos efectos. La historia consigna el poder de la fuerza bruta, y el adelanto intelectual; pero el progreso moral suele no atraer tanto la atención de los historiadores, ignorando que la moralidad es la manecilla que señala en el reloj del tiempo el trascurso de las horas de la verdadera vida.

Los pueblos pueden llegar a ser grandes por su ciencia, por sus artes, por su adelanto en todos los ramos del saber humano y pueden ser tan pequeños por su falta de virtud, que no tengan base para sostenerse y se conviertan en ruinas como se convirtieron Roma y Cartago, Menfis y Babilonia, cayendo bajo la pesadumbre de sus vicios.

III

Los espiritistas, al revés de la generalidad, cuando vemos una nación grande y potente ayer, triste y lánguida hoy, no decimos ¡qué lástima! ¡¡ayer era la señora del mundo y hoy es esclava de sí misma!!

No, nosotros decimos: ayer fue esclava de sus vicios, puesto que se dejó dominar por ellos, hoy se redime por su dolor, y sobre sus ruinas y sus muertas generaciones, renacerá otro pueblo más libre, por qué será más bueno.

A los cataclismos sociales, llamados revoluciones, los llamamos nosotros aniversarios de ultratumba, terribles unos, dolorosos otros, pero necesarios todos, fatalmente necesarios; porque nosotros hemos hecho precisa la expiación de nuestros desaciertos.

¿Qué nos cuenta la historia divina y profana, de nuestro planeta? Una lucha eterna del fuerte contra el débil y vice-versa. ¿Qué hicieron los profetas, los sacerdotes, los emperadores y todos los que se creyeron grandes? Parodiar el diluvio bíblico con una lluvia continua de sangre, víctimas y verdugos; verdugos y víctimas: estos son los dos papeles que ha estudiado la humanidad en la tragedia de la vida, desde los tiempos primitivos; por eso los aniversarios ultraterrenales se reproducen de vez en cuando y la sociedad en masa, y el átomo llamado hombre, sienten su influjo.

IV

Eugenio Sué llamaba a los días felices, días de sol ¡gráfica comparación! La felicidad irradia, presta calor y regenera nuestro ser, y mucho más todavía si el placer que sentimos nos lo proporcionan nuestros espíritus protectores o amigos, cuando ignorando la causa nos encontramos alegres como un niño. ¡Momentos divinos! breves y fugaces que pocas veces nos sonríen en la vida, porque se conoce que nuestro pasado no dejó mucho bueno que conmemorar.

V

Las incorrectas líneas que llevo escritas me las ha inspirado una amiga del alma, una mujer que cruza la tierra, triste y sola, sin más patrimonio que su trabajo y sin otro porvenir que un asilo de mendicidad para la vejez y un hospital para morir.

El que vive preso en sí mismo tiene que abrigar sombríos pensamientos y mi pobre amiga es de un carácter muy melancólico y retraído; pues bien, fui a verla el 1° de

Febrero y hablando de varias cosas me dijo: —Cuánto deseo que llegue mañana.

—Por qué?

—Porque es un día de perdón para mí.

—¡De perdón!

—Sí; hace muchos años que el día dos de febrero, como si una hada benéfica con su varita mágica alejara de mí a los genios del mal, del mismo modo todo me sonrío y me encuentro tranquila, risueña y confiada. Yo me pregunto muchas veces por qué será ese cambio que no dura más que un día, puesto que luego vuelvo a caer en el abatimiento más profundo.

Al día siguiente de esta conversación, encontré a mi amiga en el paseo, y efectivamente, parecía otra; no era la mujer lánguida y triste, no; en sus ojos se encontraba un rayo de vida y en sus labios se dibujaba una sonrisa. Yo la miré con admiración y ella sonriéndose me dijo: —¿Ves lo que yo te decía? hoy brilla el sol para mí. Tú que eres espiritista y que sabes tantas cosas de allá, dime qué significan estas horas de descanso en la jornada de mi vida.

Su sencilla pregunta da lugar para escribir un libro y yo me alegraría que algún espiritista escribiera los aniversarios de ultratumba, que no de otro modo deben llamarse esos días benditos, esas horas de paz en que soñamos despiertos.

¡Desgraciados aquellos que no tengan un día de santa conmemoración!...

La continua angustia que atormenta nuestra vida nos demuestra con claridad que valemos muy poco moralmente, y que nuestra condena no tiene un fin próximo; por eso cuando un rayo de sol viene a iluminar nuestro calabozo, debemos exclamar alborozados: Yo tuve una idea noble y grande, yo practiqué una acción buena y aquellos que recibieron el beneficio, ¡hoy me envían sus bendiciones!

VI

Bienaventurados los pueblos a quienes guardan gratitud los espíritus, y los colman de cosechas en sus campos, de obreros en sus fábricas, de sabios en sus academias, de buenos maestros en sus escuelas, de artistas en sus torneos de la industria, de justos legisladores para practicar las leyes, y de un claro entendimiento a todas las clases sociales para que adoren a la razón personificada en Dios.

¿Existe algún pueblo en este globo donde los genios del bien difundan la felicidad? ¡Ay! no; necesitamos que nuestra conciencia duerma tranquila, que seamos menos individualistas, que amemos al prójimo, y sólo entonces seremos dignos de que nos protejan nuestros hermanos de ultratumba, de que tengamos ignoradas alegrías, días de sol y horas de paz. ¡Que vienen a dejar en la memoria vago recuerdo de pasada historia...!

A un poeta

«A mi primogénito (que nació muerto.)»

(FRAGMENTOS)

«Le dormiré cantando en mis rodillas,
vendrá la noche que la calma vierte,
y los dos andaremos de puntillas
para que nuestro niño no despierte.»

Así dijo mi dulce compañera
con aquella hermosísima alegría
de la que ya sin vacilar espera;
y cantaba... ¡¡y cantando sonreía
y la cuna mecía
como si el niño su canción oyera...!!

Mas ¡ay! del ángel las tendidas alas
por el azul del aire se perdieron;
del bautismo las galas
¡blanco sudario para el niño fueron!

Huérfanas nuestras almas, suspirando,
del niño recogieron los despojos,
¡pasó!... Mas tan deprisa y tan callando,
¡que ni aun por vernos entreabrió los ojos!

La cristalina perla de rocío
se evaporó en la arena del desierto;
el ángel vino... pero el ángel mío
tan ángel fue, ¡que sin vivir ha muerto!

Y en tanto sigue la cansada luna
velando nuestras noches de cariño,
mientras al lado de la yerta cuna
¡los dos seguimos esperando al niño!»

Antonio F. Grillo

Tú comprendes del Eterno
la suprema inteligencia,
y adoras la omnipotencia
y la infinita piedad,
del que le dijo a los mundos
al levantarlos del caos:
«Creced y multiplicaos
por siempre en la eternidad.»

Tú has pintado de los mares

las montañas de sus olas,
coronados de aureolas,
que sólo tu genio vio.
Tú sin ver el Océano,
sin escachar su rugido,
te sentiste conmovido
y tu mente algo soñó.

Y tu voz pura y vibrante
cantó del mar la grandeza,
con su imponente belleza
y su eterna majestad;
y los hombres te escucharon
con asombro y con cariño,
admirando al tierno niño
por su gran precocidad.

Tú del águila cantaste
su vuelo por el espacio,
la que tiene por palacio
nubes, brumas, aire y luz.
Remedastes el arrullo
de la tórtola hechicera,
y la queja lastimera
de María ante la cruz.

Y cantaste al silbido
de la audaz locomotora,
la que dice al mundo:
«Ahora, soy tu fuerza y tu motor.
Yo, que los pueblos enlazo,
vivo en todas las riberas,
que ya no existen fronteras
en el siglo del vapor!»

Pues bien; si tu genio osado
alzó su vuelo atrevido,
y de Dios has comprendido
la razón y la verdad;
si le has cantado al progreso,
que es de Dios la pura esencia,
si has encontrado en la ciencia
la luz y la libertad,
¿por qué no salva tu mente
de la tierra el hondo abismo
y pide al Espiritismo
nueva vida y nueva luz?
¿Por qué cuando tú soñabas
con paternal regocijo,
y viste a tu tierno hijo

con funerario capuz,
clamaste con desconsuelo:
«¡Cuán contraria es mi fortuna!»
y al pie de la yerta cuna
suspiraste al que huyó,
diciendo a tu compañera:
«¿Fue un ángel, amiga mía,
que ni aun por vernos un día
sus grandes ojos abrió?»

No pronuncies esa frase
que es por demás indiscreta;
alza tu vuelo, poeta,
crucemos la inmensidad,
y verás como tu hijo
te vio y lamentó tu pena,
como en la noche serena
te busca en tu soledad.

Como murmura a tu lado
palabras no conocidas
diciéndote que hay otras vidas
para nuestra redención.

Que más allá, en ultratumba,
el adelanto se encierra,
y que es tan sólo la Tierra
una lóbrega prisión.

Que aquí se llega llorando,
y que se vive muriendo,
y que el hombre va sufriendo
de Tántalo la ansiedad.

Y que, cuando deja el alma
esta mazmorra sombría,
encuentra luz y armonía,
aire, espacio y libertad.

¡Poeta! tu genio gigante
debe volar a otra esfera
donde siempre reverbera
la verdad y la razón.

Y recordando a tu hijo
con placer grande y profundo,
no anheles que vuelva a un mundo
de miseria y expiación.

Cuando al declinar la tarde

no resuene ya en tu oído
el eco vago y perdido
que te hablaba del ayer;
cuando no escuche tu mente
ni un suspiro, ni una queja...
es porque tu hijo se aleja
para dar vida a otro ser.

Es que su espíritu errante,
la erraticidad dejando,
en su progreso avanzando,
se va a otro mundo mejor.

Profundice tu mirada
los siderales misterios,
busque en otros hemisferios
al objeto de tu amor;
y si en la Tierra no pueden
alcanzar tanto tus ojos,
cuando rompas los cerrojos
que encierran tu porvenir,
cuando tu espíritu, libre,
salvando abismos y montes,
contemple otros horizontes
de púrpura y de zafir;
y rueden ante tus ojos
de otros mundos las ruinas
que por las leyes divinas
nueva forma tomarán,
y veas las generaciones
en su marcha indefinida...
comprenderás de la vida
el inextinguible afán!

¡Poeta! ¡levanta tu frente!
no murmures queja alguna
porque una desierta cuna
sea una tumba para ti.

Pídele al Espiritismo
la solución del problema,
su definición suprema
te hará venturoso, si.

Pues conocerás del hombre
la misión grande y bendita;
su expiación hállase escrita
porque él mismo la trazó.

Sufre, el que debe sufrir;

goza, el que debe gozar;
y todos pueden llegar
a donde Cristo llegó...!

Para el progreso no hay razas,
no hay hidalgos ni pecheros,
los postreros son primeros
en la ley universal.

Y el Espiritismo une
el ayer con el mañana,
que es la prueba sobrehumana
de la causa primordial.

Ven poeta y cruzaremos
los desiertos del espacio,
cuya arena de topacio
guía ha de ser de los dos;
ven; tú vives en la sombra,
la luz pondré ante tu vista,
y en el foco espiritista
tal vez encuentres a Dios..!!

Pero al Dios grande y sublime,
misericordioso y bueno;
no al Dios del rayo y del trueno
que nos presentó Moisés.

Sino al Ser omnipotente
de forma desconocida,
que no limitó la vida,
porque eternamente Es.

Es sin ayer, sin mañana,
sin presente humanizado,
el todo de lo creado,
la luz de la eternidad!!

Pues de esa causa primera
que al orbe dióle organismo,
la voz del Espiritismo
sintetiza la verdad.

1875

N hay culpa sin, pena

I

Los adagios, refranes y proverbios, son un poema escrito por la experiencia, formando un volumen, que los pueblos no se han cuidado de encuadernar; de consiguiente, sus sueltas hojas vuelan desde las cabañas a los palacios, ya en las regiones tropicales, ya en el polo norte, corregidos y aumentados, pero conservando siempre unos su tinte satírico y otros su razón profunda.

Hay un refrán que dice: Justicia y no por mi casa, palabras vulgares y sencillas, pero que son el compendio de todos los sentimientos de la humanidad.

¿Quién podrá negar que nos alegramos cuando la ley castiga al delincuente? hasta la pena de muerte, que es antirreligiosa, antisocial y antihumana, encuentra aceptación en la mayor parte de la sociedad, y dice muy alto, viendo pasar a la víctima: —Bien merecido lo tiene. Quién tal hizo, que tal pague; nada, nada, la pena del Talión, ojo por ojo, y diente por diente...

Por supuesto que estos acérrimos partidarios de la justicia, cuando les llega la hora de que les pidan cuenta de sus actos, ponen el grito en el cielo y echan mano de todos los subterfugios imaginables para evadirse del castigo: porque vemos la mota en el ojo ajeno, pero no nos estorba la viga en el nuestro.

Mucho se habla de la conciencia; dicen que su voz resuena continuamente en nuestros oídos; si esto es cierto, tenemos que reconocer en la humanidad un defecto o una dolencia incurable.

¡Lástima grande que una raza que ha servido de modelo para hacer el Apolo del Belvedere, y la Venus de Médicis, esté privada de escuchar el canto del ruiseñor y el dulce arrullo de las tórtolas! ¡El hombre tiene oídos, pero... no oye! ...

El siglo XIX, el de los hombres infalibles y el de los maravillosos específicos; el siglo del charlatanismo y el de los más grandes descubrimientos; el que ha logrado enlazar lo sublime con lo ridículo; época de antítesis, década de anomalías, en que luchan desesperadamente en el circo del progreso dos gladiadores titánicos que se llaman el fanatismo y el adelanto, la luz y la sombra, la fe ciega y la ciencia analizadora: en este siglo atleta se ha encontrado el remedio para la tenaz sordera que padece la humanidad, se ha encontrado la homeopatía del alma, que ha sido rechazada y ridiculizada como la homeopatía que cura el cuerpo; porque la necedad del hombre llega a tal extremo, que niega todo aquello que su torpe inteligencia no puede comprender.

Ha dicho el doctor López de la Vega, y ha dicho muy bien, que la homeopatía es la regeneración física de la humanidad, y yo digo, que el Espiritismo es también la regeneración moral e intelectual del hombre. Sí, lo es; porque el Espiritismo nos hace ver y oír, a pesar nuestro, a viva fuerza, y como no hay peor sordo, que aquel que no quiere oír, se sostiene una ruda batalla entre la evidencia de los hechos y las negativas maliciosas del oscurantismo.

El Espiritismo nos hace aceptar la justicia en nuestra casa, en nuestro organismo, en

nuestro modo de ser, en nuestras condiciones especiales, en todo, en fin. Es la ley de la igualdad puesta en acción. El monarca puede ser mendigo, y éste, emperador; todos pueden llegar a la tierra de promisión, el sabio y el idiota, el creyente y el ateo.

Descartes solo encontraba en la naturaleza espacio y tiempo, éste último es el tesoro de la humanidad; el tiempo es la mina inagotable cuyos filones no se acaban nunca, es el volcán en cuyo cráter siempre se encuentra calor.

Decía un poeta árabe, que el sueño era la riqueza del mortal, y yo digo que el tiempo es el arca santa donde siempre encuentra refugio el hombre.

Los materialistas son los desheredados de la tierra; para ellos la vida tiene un límite, después... solo les queda la nada. ¡Qué tristes serán sus últimas horas?... sí desgraciadamente han tenido una de esas enfermedades lentas y terribles, en que su materia se ha ido disgregando a fuerza de horribles dolores, tienen que decir, como dijo Zorrilla ante la tumba de Lara:

Triste presente, por cierto
se deja a la amarga vida,
abandonar un desierto;
y darle a la despedida
la fea prenda de un muerto.

Ciertamente, hace daño mirar a un cadáver: recuerdo que antes de ser yo espiritista, improvisé los siguientes versos, contemplando a un joven militar en su caja mortuoria.

El ver a un muerto entristece;
la materia sola, espanta
sin la savia sacrosanta
con que Dios la fortalece;
cuando el alma desaparece
de nuestro pobre organismo,
contemplamos el abismo
de esta vida transitoria,
que es un sueño sin memoria
que conduce al ateísmo.

Al ateísmo, sí; a la desesperación más profunda. ¿Qué es la vida sin el mañana? el boceto de un cuadro, el prólogo de una historia, una voz sin eco, una flor sin aroma; ¡en cambio, cuando la esperanza nos alienta, qué ilimitados horizontes se presentan ante nuestros ojos! ¡La muerte del que espera, es la muerte del justo, como dicen los católicos, dulce y tranquila!

El verdadero espiritista, que ha sufrido con resignación las penalidades de la vida, muere con la satisfacción de haber pagado una deuda; y el que paga, descansa, dice el adagio, y es una gran verdad.

II

En los últimos días del año 74, vi una prueba de esto en la muerte de una mujer, cuyo

último año de vida en la tierra, fue una agonía prolongada. Parece que aún la veo; era una mujer de mediana estatura, de unos diez lustros de edad, de humilde y simpática apariencia, de mirada expresiva y de afable trato; espiritista de corazón, asistía con religioso silencio a las sesiones medianímicas, que se celebraban en su casa.

Una noche noté su falta, pregunté por ella y me dijo su familia, que estaba enferma, con un tumor que la hacía sufrir mucho; propuse que se suspendiera la sesión, porque el murmullo de nuestras voces no la molestara.

¡Ah! no señora, me dijeron, lo primero que ha pedido es, que continuemos sin interrupción en nuestras tareas, porque mientras duran éstas, son los únicos momentos en que se encuentra mejor.

Seguimos reuniéndonos y la enferma empeorando, sufriendo con un valor asombroso las dolorosas curas que le hacían dos practicantes; una fístula ulcerada devoraba su materia y ni una queja, ni un suspiro brotaba de sus labios.

Los meses transcurrieron, y la pobre mártir, que pertenecía a una familia de la clase media, pero que atravesaba una de esas crisis supremas en las que falta hasta el aire para respirar, pidió que la condujeran a un hospital; tuvieron que acceder a sus deseos y en benéfico asilo siguió muriendo lentamente.

El día que dejó la tierra, se despidió tranquilamente de una hermana suya, diciéndola: ¡vete, voy a dormir un sueño muy hermoso...! Muy hermoso fue, sin duda alguna, porque su materia se acabó de disgregar.

Su familia, que había contemplado con mudo asombro y profundo dolor el prolongado martirio de una mujer, cuya vida había sido un modelo de mansedumbre y de virtud, se preguntaba ¿qué habría hecho ayer, para sufrir tanto hoy, quedándose convertida en un esqueleto, de ojos hundidos, de pómulos salientes, piel ennegrecida, manos cadavéricas y voz ahogada? Queriendo salir de dudas, evocaron a sus espíritus protectores y a su hermana, para ver si ésta había salido pronto de su turbación y con emoción profunda recibieron la siguiente comunicación por medio de una hermosa joven, que en estado sonambúlico dijo así:

III

«Mucho me alegro de que os hayáis reunido, hermanos míos, para comunicarme con vosotros y deciros, aunque ligeramente, las causas que motivaron mi dura prueba durante mi última existencia en ese planeta.

» Escúchame tú principalmente, hermana mía, que tanto te acongojaba mi enfermedad y tanto has sentido mi muerte al mismo tiempo.

» En mi anterior encarnación, fui hombre: era médico y tenía a mi cargo un hospital en M...

» Entre las enfermas que se encontraban en tan triste local, había una que se quejaba amargamente, porque yo no la cuidaba como a las demás; y efectivamente, aquella infeliz criatura, sin saber por qué, me inspiraba una aversión profunda, que yo no me

podía explicar, pero que existía realmente.

» Tanto llegué a descuidarla, que valiéndose ella de una de las enfermeras, dio parte al director del hospital de mi mal proceder; entonces éste, cerciorándose por sí mismo de la gravedad del caso, me destituyó de mi empleo, desahuciando a la enferma, que por mi descuido pronto dejaría de existir. Yo rogué y supliqué y prometí enmendarme y emplear toda mi ciencia para remediar el daño que había causado. Al fin me admitió el director nuevamente; pero yo, lejos de cumplir lo que había ofrecido, y creyendo que aquella mujer era la causa de mi ruina, crecía en mi aversión de un modo espantoso hasta convertirse en un odio sangriento, que, cuando murió, quedé contentísimo, porque había dejado de existir.

» Me despidieron nuevamente y el recuerdo de aquella infeliz principió a atormentarme y a causarme remordimiento; porque mi conciencia gritaba constantemente: asesino... nuevo Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?

» Cuando volví a encarnar, pedí sufrir cuanto yo había hecho padecer a aquel pobre ser, y he tenido su misma dolencia, y he muerto como ella en un hospital; pero lo he llevado con resignación, y al despertar de mi último sueño, no puedo expresar ahora la alegría que experimenté al verme libre de mi pobre y raquíica envoltura.

» Adiós, hermanos míos, ya me seguiré comunicando con vosotros.»

IV

Después de escuchar el anterior relato, si es posible que el dolor se calme en los primeros momentos, se calmó efectivamente en aquellos seres, que recordaban con desconsuelo el largo tormento de un ser tan querido para ellos. La melancolía les tendió su manto y a su sombra ven pasar los días, deseando que nuevamente se comunique la que tanto los amó en la tierra.

¿Puede haber nada más consolador que el Espiritismo? ¿responde ninguna religión positiva al gemido del alma con tanta precisión y tanta justicia? Ninguna hasta ahora, ninguna; las unas con su Dios implacable, las otras con el pecado hereditario, éstas con su redención y su gracia, aquéllas con sus minutos de arrepentimiento; pero todas con base falsa, con argumentos oscuros, con misterios indescifrables, con un no sé qué de negro y confuso, que la razón rechaza y que solo despiertan dudas que concluyen por helar el tarazón.

Decía Voltaire, que, si no hubiera un Dios, sería necesario crearle para poder vivir. Yo a mi vez digo, que no había de ser un hecho la revelación de ultratumba, y tendríamos nosotros que magnetizar nuestro pensamiento y pedir a la fantasía que nos hiciera esperar y creer. ¿Existe nada más grande, que más eleve al hombre, que la íntima convicción de que todos somos iguales? El día que la humanidad se convenza de esta innegable verdad, no habrá razas ni privilegios, todos trabajarán, no por acumular tesoros metálicos, sino por conocer misterios científicos. Lejos está todavía esa aurora de paz; solo algunos hombres a quienes se llama locos viven tranquilos en su modesto hogar, sufren resignados la condena que merecieron, y compadecen a los muchos cuerdos, que, como Caín, son fraticidas.

¡Desgraciados de aquellos que solo ven la tierra! venturosos de nosotros que decimos no hay culpa sin pena... ¡Bendito sea el Espiritismo, irradiación suprema, luz inextinguible, cedro secular a cuyo añoso tronco se enlazan la justicia, la verdad y la razón!

1875

Bibliografía

Sr. D. Manuel Ausó.

Hermano mío: Tú que has consagrado la mayor parte de tu vida al estudio, tú que comprendes toda la influencia que ha de ejercer en el adelanto de la humanidad la doctrina o escuela espiritista, apreciarás en su justo valor todos los medios que se emplean para que nuestras creencias se arraiguen en la cabeza y en el corazón; tú debes leer y juzgar una nueva obra que hace poco tiempo publicaron nuestros hermanos Corchado y Benisia.

Páginas sangrientas lleva por título, con el apéndice de «escritas sobre episodios de la guerra civil»; es un libro que está, llamado a ser uno de los mejores propagandistas de nuestra filosofía, por lo mismo que no dice una palabra de la «monomanía» que nos enloquece.

Es el iniciador de una escuela y de una literatura embrionaria hoy, pero que tomara forma mañana. Sencillo en su dicción y profundo en su idea, es un romancero popular que pinta, con facilidad admirable las proezas y las derrotas de uno y otro bando. Retrata con enérgica verdad los tipos más caracterizados de los secuaces del oscurantismo, anatematiza la guerra y pone en perfecto relieve el estado fatal de nuestra pobre patria.

Entraña en pocas páginas la causa que nos tiene sumergidos en el verdadero infierno de los pueblos; y este asunto capital, este gran lienzo histórico, está delineado tan perfectamente, que atrae nuestras miradas, y encontramos en sus conceptos el aplauso para el héroe, la ternura para el mártir y la compasión para el réprobo, y entre este conjunto de bellezas hay algo que flota, hay una bruma imperceptible, indecisa, vaga, impalpable, que se presiente, que se adivina, coronando y envolviendo la cima de aquella montaña de pensamientos ardientes y generosos.

Se nota un «no sé qué» especial en muchos de sus episodios, y como prueba te transcribo los siguientes versos de una invocación que hizo su autor ante la estatua de Carlos II.

De muy buena gana la copiaría Integra, pero queriendo llamar tu atención sobre otras composiciones, copio solamente el final.

¡Oh! tú, Carlos, que puedes como espíritu
el espacio cruzar en raudo vuelo,
y penetrar inadvertido, oculto,
en la humana conciencia y su misterio,
vuela y dile al osado que pretende
revivir tu maldad o desacierto,
que hoy no pueden triunfar en este mundo
leyes inicuas que rechaza el pueblo.
Y si esclavo de torpes ambiciones
ruda persiste en el odioso intento,
dile que sabes, con dolor profundo,

que para el hombre sanguinario y fiero
tiene la historia maldición eterna,
el Juez de jueces, tenebroso averno.

Usando de un lenguaje gastronómico, te pregunto: ¿A qué te saben estos versos? ¿qué notas en ellos? Más adelante, hablando de la formación de la familia, la describe de este modo:

Acaso no es la familia
fortuita organización;
acaso un inquebrantable
precepto regulador
que el mismo cielo dictara
preside a su formación;
acaso el alma, partiendo
de manos del Hacedor,
tiene sin traba, ninguna
libre siempre la elección
de la familia en que pueda
desenvolverse mejor.

Así tuvieran sin duda
racional explicación
esas odiosas familias
cuyo instinto destructor
parece que se trasmite
por natural sucesión.

¿No entiendes tú la familia de igual manera? Yo creo que sí. A la mitad del volúmen, encuentro la descripción de la vida, tal como nosotros la concebimos.

La vida; la humana vida
tiene un objeto más noble
que el de saciar egoísmos,
sembrando muerte y dolores,
se nos da infinitamente
tantas cuantas ocasiones
la pedimos al eterno
autor de todos los orbes,
para librar al espíritu
de sus mil imperfecciones.

Y todos, todos cumpliendo
el deber, seguro norte
por donde llegamos todos
a las celestes mansiones.

No me creo en condiciones para escribir el juicio crítico de ningún libro; siempre que me ha ocurrido la idea de acometer semejante empresa, he recordado la siguiente redondilla de nuestro hermano Alonso Martínez, definiendo al censor:

El que en malísima prosa
critica con tono grave;
criticar cualquiera sabe,
escribir... ya es otra cosa.

No ha sido mi ánimo juzgar literariamente las Páginas sangrientas, aunque, dicho sea de paso, encuentro en su versificación, facilidad, galanura y tal vida en sus imágenes, que se puede decir al leer la descripción de las batallas, que se oyen los tiros y que se ven las víctimas del plomo homicida; pero yo no he querido reclamar tu atención para los detalles y los accesorios, no; yo deseo que te fijes en el fondo, en el asunto del cuadro, a ver si encuentras, como yo, delicadas ráfagas de Espiritismo, notas suaves de claridad, gotas de rocío que vienen a humedecer la tierra calcinada para que se reproduzca la esperanza.

Rayo de luz que intenta disipar las densas nubes que cubren el horizonte de nuestra literatura, que fluctúa entre el gusto sui generis de nuestra época, y entre las conveniencias sociales, que la empujan a ser un instrumento de mezquinas ambiciones, convirtiendo a nuestros mejores poetas en pobres juglares, que lo mismo cantan ante el gorro frigio, que ante la púrpura imperial.

En Páginas sangrientas encuentro españolismo, y sobre el amor patrio, otro amor más grande, más inmenso, más profundo, el amor universal, la unión de los pueblos enlazados por el cordón fluídico de la verdadera caridad.

Adíás, hermano mío, paz y salud.

1875

A la memoria de Allan Kardec

Locos errantes, que cruzáis la tierra
oyendo un eco que en los aires zumba;
los que sufrís encarnizada guerra
porque en vosotros el ayer retumba;
los que decís que el porvenir se encierra
en la perpetua vida de Ultratumba;
a vosotros, ilusos y utopistas,
me dirijo: escuchadme espiritistas.

Yo vine al mundo y penetró en la vida
con la incredulidad por patrimonio;
nunca acepté la gloria bendecida,
ni el limbo, ni el infierno, ni el demonio.
Yo he buscado otro punto de partida
que del gran Ser, me diera testimonio,
ninguna religión, dogma, ni rito,
me ha mostrado de Dios el infinito.

Yo admiro en las gigantes catedrales
de los nobles artistas el desvelo,
que en el mármol grabaron los anales
de la bíblica historia de este sucio;
escucho las salmodias celestiales
y murmuro después, con desconsuelo:
la inspiración del hombre es portentosa,
mas la causa primera es otra cosa.

Contemplo con placer y con respeto
a la ermita en el monte solitaria,
en donde un hombre, por su fe sujeto,
eleva a Dios monótona plegaria:
mas para adivinar el gran secreto
inútil es la vida estacionaria;
pues Dios dijo a los hombres: Acercaos,
y en un eterno amor multiplicaos.»

Y aunque dice Volney: que la gran ciencia
es d saber dudar; yo, francamente,
anhelaba tener una creencia
para no ser a todo indiferente;
porque la destructora indiferencia
es la lepra moral, que el hombre siente:
¿ay de aquel, que murmura con hastío:
no me impresiona ni el calor ni el frío!»

En el materialismo, del problema
no hallé definición satisfactoria;

porque éste niega la Verdad suprema,
y su vida es un sueño sin memoria.
Yo no puedo aceptar el anatema
que nos deja sin nombre y sin historia,
que, el hombre, sin ayer y sin mañana,
es un delirio de la ciencia humana.

Con noble afán y con tenaz empuje
le seguí a las escuelas preguntando
por el gran Ser, del Universo dueño
y todas me lo fueron presentando;
mas era tan raquítico el diseño,
que a mi pesar, quedábame dudando,
hasta que el viento que en los bosques zumba,
trajo hasta mí los ecos de Ultratumba.

Ecos vagos, extraños, confundidos...
que pretenden cambiar la faz del mundo;
por unos, con asombro recibidos,
por otros, con desprecio sin segundo;
pero el caso es, que fueron sometidos
a un examen y análisis profundo,
y que las muchedumbres repetían:
que los muertos hablaban y sentían.

Allan Kardec, filósofo eminente,
se asemejó a Colón, que tras los mares
vio las palmas de un fértil continente
y escuchó de otros hombres los cantares:
y Allan Kardec, que fue constantemente
el sabio explorador de nuevos lares,
también vela rodar por los espacios
planetas con techumbres de topacios.

El vio la irradiación del infinito
en algo que su mente presentía,
y el porvenir del hombre, lo vio escrito
con torrentes de luz y de armonía;
hallé en sus obras el Jordán bendito
que calmara la sed del alma mía,
y desde entonces, sigo mi jornada
esperando tranquila y resignada.

Inmensa gratitud guarda mi mente
al que nunca debemos olvidar.
¡Espiritistas! nuestro afán ardiente
uno solo ha de ser, el imitarle;
él fue nuestra lumbrera refulgente,
debemos por su ciencia venerarle;
que él nos profetizó mejores días

y del progreso eterno, fue el Mesías.

¡Gloria a su nombre, a sus virtudes gloria!
del adelanto infatigable obrero,
él alcanzó del bueno la victoria.
¡Feliz aquel que siga su sendero!
honremos del profeta la memoria
con nuestro amor profundo y verdadero,

¡Oh! Regenerador de las ideas...
¡Bendito Allan Kardec! ¡¡¡Bendito seas!!!

1875

Ideas vagas

I

Dicen que la mayor parte de los poetas y de los escritores somos médiums inspirados, y es una gran verdad; ¡cuántas veces sentimos una profunda impresión y no podemos expresar lo que experimentamos! En esos momentos, sin duda alguna, se hallan lejos de nosotros nuestros espíritus protectores, y nuestra sola inteligencia no es bastante hábil para definir lo que siente; pero la contrariedad es nuestro constante punto de partida; cuando nos encontramos abrumados de ideas sin poder formar un pensamiento, entonces nos obstinamos en querer decir algo.

Hoy me encuentro yo en una de esas enojosas situaciones: en mi mente surgen y germinan mil y mil ideas, pero al intentar revestirlas de frases para presentarlas, mi imaginación se asemeja a la torre de Babel.

El epígrafe de este artículo corresponde perfectamente al estado de mi ánimo, y es una situación extraña en mi ser, porque siempre me doy cuenta de lo que siento. Tal vez la variada lectura de uno de esos libros que pululan al principio de año, conocidos con el nombre de Almanques, me habrá producido tal confusión.

Los pequeños volúmenes enciclopédicos son una fotografía de nuestra sociedad, una galería contemporánea donde se encuentran multitud de tipos, que muchos de ellos imprimen un carácter especial a nuestra época, si es que nuestra época puede tomar un color determinado, que realmente no lo tiene; porque no lo ha tenido ningún periodo de transición, y el siglo XIX es un sepulcro y una cuna. Está llamado a ser el siglo de las hecatombes sociales; en él tendrá lugar la más grandiosa epopeya, se verificarán las exequias del fanatismo, y el túmulo del pasado se convertirá en fuente cristalina donde se bautizará el presente, que en brazos de la civilización recibirá del adelanto el hermoso nombre del progreso.

Y falta hace, verdaderamente, que la luz irradie en este planeta; porque da pena ver a muchos hombres de notable ingenio que luchan con la razón libre y su fe ciega, y que por las conveniencias sociales ocultan otros su íntima opinión y aparecen ante el mundo con el antifaz que éste les quiere poner. Otros se dejan magnetizar completamente y a pesar de tener genio y lucidez, se embriagan con el fanatismo y se encierran en su estrecho círculo.

Estas observaciones me las inspira un epitafio, de uno de nuestros mejores poetas, que ha escrito en la tumba de su madre, y dice así:

¡Te haré compañía
que aun quedas conmigo;
pues yo, madre mía,
he muerto contigo!
¡La cruz silenciosa
nos llena de calma;
aún más que esta losa
te cubre mi alma!
Aquí nos espera

la mano de Dios;
tú dentro y yo fuera...
durmamos los dos...

¡Qué idea tan pequeña de la vida tiene el cantor deísta! Aquí nos espera -la mano de Dios; - tú dentro y yo fuera... -durmamos los dos...

¡Dormir?... ¡dejar de ser... descanso eterno, inacción absoluta...!

Los católicos romanos son materialistas en su esencia, porque niegan a Dios, sí, lo niegan, son apóstatas, y yo prefiero la franqueza de los ateos, porque se presentan sin antifaz ninguno, sin temor al qué dirán; es la escuela que más respeto la materialista, después de la doctrina espiritista, y acato, no sus ideas, pero sí su enérgico proceder y la grandeza y la libertad de su pensamiento.

Además, yo no concibo más que dos imágenes lógicas respecto a la creación, o la casualidad o la suprema justicia en la eterna igualdad, por eso me inspiran repulsión todas las religiones positivas, porque pintan a un Dios inconcebible.

Así se dice vulgarmente: —Todos los hombres de talento se vuelven locos, y, niegan a Dios o le quieren sin templos ni altares.

Naturalmente, que analizando lo que es la vida, hay que optar entre la nada y el todo, entre la luz y la sombra, porque son inadmisibles los crepúsculos.

Yo me admiro y me asombro de ver que durante tantos siglos se han sucedido las generaciones, admitiendo al Dios del sacrificio y del exterminio, especie de monstruo titánico, de peor condición que los hombres; porque éstos suelen ser mucho más misericordiosos con sus hijos que lo es el Dios de Moisés.

Después lo humanizaron, y dijeron: que Dios perdonaba con solo que tuviéramos un minuto de verdadero arrepentimiento a la hora de morir. He aquí una religión muy cómoda, porque podemos satisfacer todos nuestros malos deseos y luego con una plegaria al finalizar esta vida, nos vamos a reunir con aquellos que, durante su existencia, se sacrificaron en bien de la humanidad.

No son los estrechos límites de un periódico lugar apropiado para hacer un examen detenido de todas y cada una de las aberraciones religiosas que han empequeñecido el orden social de este planeta, cuyos habitantes no conocen a Dios, sino a su parodia; porque todas las religiones, sin exceptuar ninguna, han naufragado en el piélago del error.

II

¡Cuántas veces contemplo con lástima y sentimiento a muchos hombres que dicen:
— Yo sería espiritista si viera un fenómeno, si los muebles se movieran solos o se me presentara en la mitad del día mi padre a mi madre... nada, nada, efectos físicos, pruebas tangibles, las teorías no son más que palabras bonitas, frases huecas y retumbantes!

¡Pobres ciegos! ¡se contentan con beber una gota de agua, cuando tienen a su alcance el

Océano! ¿Qué valen los ruidos inusitados, ni los objetos en movimiento, ante la maravillosa fábrica de la creación?

Muy atrasados deben estar nuestros espíritus cuando no adivinamos, cuando no vemos las repetidas ediciones que ha hecho Dios de su gigantesca obra, cuyos capítulos son los soles, siendo la tierra un pequeño párrafo en esa historia universal. Y, sin embargo, está tan a la vista el efecto y la causa, que es necesario ser sordos y ciegos para no comprender la verdad.

La diferencia de fortuna de unos, la desigualdad de condiciones morales en otros, el vicio ensalzado, la virtud olvidada, la belleza de éstos, la deformidad de aquéllos, ¿no manifiestan claramente que un Dios tan justo y tan inmensamente bueno, no podía crearlos sin darles un más allá?...

Dicen muchos que eso constituye la armonía universal, no; la armonía no la pueden producir para Dios las quejas de unos y la risa de otros, el crimen de éste y la bondad de aquél; eso es imposible.

Cuando nosotros, miserables átomos, visitamos un hospital y de dicho local pasamos a un palacio de mármol y de jaspe, ¿nos agrada? ¿nos recrea? ¿nos satisface aquella violenta transición? no; sentimos frío en el alma, y falta tierra a nuestros pies, porque el desequilibrio social hace oscilar la superficie del mundo.

Pues si esto sentimos nosotros, que somos exclusivistas y egoístas en grado máximo, ¿qué deberá sentir Dios, que es la personificación del amor infinito? Semejantes deístas, repito que son materialistas disfrazados; estos últimos siquiera definen la inarmonía universal, que no viendo más que este círculo, es casi inadmisibles; aunque el edificio de su razón vacila en su base, como el de las religiones positivas; para los materialistas no hay más que fuerza y materia, la electricidad es su alma; hablan mucho, pero... razonan poco y tienen muchas veces que enmudecer, como le ha sucedido ahora a un doctor materialista, que sostenía casi diariamente una acalorada polémica con un poeta deísta, el cual le hizo la siguiente pregunta en este bien acabado soneto:

Yo tengo un perro; si mi humor es triste,
llega y me halaga y a mis pies se tiende,
mas brinca y juega y mi alegría entiende
si gozosa expresión mi faz reviste.
Como nocturno centinela asiste
en mi tranquilo hogar, y lo defiende,
y si de alguno el ademán me ofende
ládrale ronco y con furor le embiste.
En diferente voz me advierte a llama,
y si es preciso, por mi bien se inmola
este perro, este amigo que me ama.
Doctor, os hago una pregunta sola:
si espíritu no tiene que le inflama,
¿me quiere con el lomo a con la cola?

El materialista le prometió contestarle por media de un folleto, pero ha transcurrido algún tiempo y, sin embargo, aún no ha contestado. Plegue a Dios que su silencio sea

motivado porque en su estudio profundo haya encontrado un algo que le haga enmudecer; una causa pequeña, al parecer, da inmensos resultados.

En las insignificantes ranas descubrió Galvani la electricidad; un poco de agua hirviendo dio el que vive al vapor, una simple fruta fijó la ley de gravedad, una lámpara la rotación de la tierra; ¿quién sabe si un epigramático pregunta nos hará adquirir un nuevo hermano y con él obtendremos una piedra angular? Porque los sabios son los cedros seculares que prestan su sombra a la ignorante humanidad, y generalmente los materialistas, que no tienen más Dios que su ciencia, son poderosos elementos que pueden contribuir al bien general.

Nuestro lema es hacia Dios por la ciencia y la caridad, pues bien; que nos den ellos su ciencia y nosotros les daremos la realidad de la vida, Dios en la razón, Dios en la justicia, Dios en la igualdad, que eleva la materia y la hace instrumento de acción para el espíritu, que la enlaza con él, y vive eternamente más o menos condenada, más o menos fluídica, disgregada en átomos y unida en mundos, pero siendo siempre.

Los materialistas y los falsos deístas se me figuran cadáveres galvanizados: muchos Lázarus duermen en sus tumbas; imitemos a Jesús llamando a sus sepulcros y haciéndolos levantar; caminemos unidos, unifiquemos las diferentes fracciones de las ideas, y dejemos puesta la primera piedra del amor universal.

1875

A Clementina

(Hermana de la caridad)

Eres de esas creaciones seductoras,
que te puedo llamar ángel divino;
pues tanta es la ternura que atesoras
y tan grande y tan santo es tu destino.

Tu bendita misión en este suelo
es consolar del pobre los enojos:
y se refleja un algo de otro cielo
en la sonrisa de tus labios rojos.

Es tu voz argentina y hechicera,
y tu cuello de cisne cual la nieve,
y tu talle gentil cual la palmera
que con pena sustenta tu pie breve.

Te inclinas con tan lánguido donaire
como exótica flor que trasplantada,
no halla bastante luz, bastante aire...
para abrir su corola delicada.

Pareces de otro mundo desprendida
por la diafanidad de tu organismo;
la tierra para ti no tiene vida,
y debes asfixiarte en este abismo.

¿Por qué has venido a este planeta, dime?...
¿cometiste ayer algún delito?...
o es que te ha dicho Dios —«Ves y al que gime
dile que el porvenir es infinito.»

Diles a los hombres, que en mi amor profundo
les ofrezco una senda ilimitada,
y que pueden seguir de mundo en mundo,
sin que nunca termine su jornada.»

«Que alcanzarán más pronto la victoria
aquellos que consagren su existencia,
a dejar en el libro de la historia
episodios de amor, de fe y de ciencia.»

Así el Eterno habló, sin duda alguna,
pues tus labios así lo repitieron:
al mecer de los huérfanos la cuna
y al velar a los pobres que murieron.

Esto has dicho en los campos de batalla
oyendo el rebramar de los cañones,
y quemando tus plantas la metralla,
que sin hombres dejaba a las naciones.

De santa caridad tu mente llena
ni un momento tu paso se detiene,
revelando el amor del alma buena,
que con alta misión al mundo viene.

Cuando tu rostro vi, súbitamente
se despertó un recuerdo en mi memoria,
éste, formas tomó rápidamente,
y me vino a contar toda una historia.

Siendo yo niña, en mi tranquilo sueño,
vi a una mujer de espléndida hermosura,
yo la seguí, con tenaz empeño,
que en mi fijó sus ojos con dulzura.

Túnica leve de color de cielo
aumentaba, (si es dable) sus hechizos;
y de nevado tul flotante velo
acariciaba sus dorados rizos.

Cogió mi diestra, me miró sonriendo
y dijo, «ven» crucemos el vacío:
y fuimos por el éter ascendiendo
y contemplé otro mundo en torno mío.

Una vegetación más poderosa
levantaba sus bosques seculares,
y altas montañas de color de rosa
aprisionaban los revueltos mares.

Y fábricas, talleres, movimiento...
mundos de luz, torrentes de armonía...
cuanto puede soñar el pensamiento
en su febril y ardiente fantasía...!

Todo lo vi pasar ante mis ojos
sintiendo disgregarse mi materia;
y libre de pesares y de enojos
olvidé de este mundo la miseria.

Y nueva aspiración, y nueva vida
me prestaba su aliento soberano,
y con mi propia ciencia engrandecida
surcaba del progreso el Océano.

El tiempo transcurrió; mas de repente
encontré transformado mi organismo,
sintiéndome arrastrar por la corriente
que me lanzaba a mi pasado abismo.

Mi hermosa compañera con ternura
me dijo tristemente: «es necesario,
que vuelvas a la tierra, a la clausura,
porque en ella te espera tu calvario.»

¿Quién eres tú? la pregunté afanosa,
«la civilización», (me dijo ella)
» yo soy la luz, la fuerza poderosa,
» soy de los mundos la polar estrella.»

Besó mi frente, y se perdió el querube
entre montañas de nevada espuma:
flotó su manto cual ligera nube...
y el horizonte se cubrió de bruma.

El simbólico sueño en mi memoria
dejó tan honda, y tan profunda huella,
que he buscado en mi vida transitoria
la realidad de la visión aquella.

En mi constante afán dejé mis lares
y no la hallé ni en templos ni en cabañas,
ni en las hermosas noches de los mares,
ni en la aurora feliz de las montañas.

Y cuando el desaliento me dejaba
en brazos del no ser, del ateísmo,
una voz escuché que pronunciaba
esta frase bendita: ¡Espiritismo!...

Este quien vive a la razón lanzado
me hizo estudiar y analizar la vida,
y la encontré sin límite fijado,
siendo el progreso el punto de partida.

Una mañana en un modesto asilo
en donde hallan un puerto los ancianos, (1)
vi a una mujer con ademán tranquilo,
que le hablaba de amor a sus hermanos.

En mis oídos resonó su acento
como dulce y lejana melodía,
y sin saber por qué, mi pensamiento
buscó algo de su ayer, que aún sonreía.

(1) Hospital de las hermanitas de los pobres, donde se albergan ancianos de ambos sexos, sito en Madrid.

Y el simbólico sueño, a mi memoria
trajo mundos de luz, ríos de flores...
horizontes sin fin, de eterna gloria...
orlados de fulgentes resplandores.

Y aunque tosco sayal cubre tu talle,
y aunque ciñe tu frente blanca toca,
en ti he vuelto a encontrar, lirio del valle,
el ángel que el progreso a Dios invoca.

Tú espíritu es el mismo, Clementina,
que me llevó a través del infinito,
por eso es tu misión semi-divina,
y por eso consuelas al proscrito.

La civilización simbolizada
en caridad, en amor y mansedumbre,
para hacernos más breve la jornada
y del trabajo coronar la cumbre.

¡Hermosa Clementina! casta y pura:
tu grandiosa misión yo la bendigo;
sí dejas este valle de amargura,
no me dejes aquí, quiero ir contigo.

1875

El fanatismo

I

Entre las muchísimas debilidades e imperfecciones de que adolece la raza humana, el fanatismo es quizá (y sin tal vez) el más trascendental de nuestros defectos, y el que más perjudica a todas las instituciones sociales, sean políticas religiosas, artísticas o científicas y sobre todo a la que compone la familia y hogar doméstico, constituyendo entre sí la vida y centro de acción moral e intelectual del hombre.

Esa calentura, esa especie de excitación nerviosa, ese vértigo que nos domina, es el cloroformo de la razón; el hombre fanatizado es una máquina, es una cosa, es un juguete, con el cual juegan a discreción todos aquellos que saben halagar las pasiones, convirtiéndolas en vicios, que lo enloquecen por completo.

Tal vez algunos me dirán que sin fanatismo no hubiese habido mártires: ciertamente que no; pero es que yo a los mártires no los encuentro necesarios: las víctimas y los sacrificios son consecuencias de las aberraciones humanas, más no indispensables para Dios.

¿Cómo ha de querer el Eterno el tormento y la descomposición multiplicada de sus hijos, cuando en su infinito amor ha puesto a nuestro alcance millares y millares de mundos donde progresar y vivir? Nosotros, y únicamente nosotros, somos los fatalistas visionarios que decimos: Dios lo quiere; no, no es Dios, es nuestra vida pasada, es nuestro ayer al parecer perdido, más hallado, y muy hallado por cada individuo relativamente, sin perderse ni una sonrisa, sin evaporarse ni una lágrima: pero... dejaré la digresión volviendo los ojos al punto de partida, que me sirve de estrella polar en mi presente trabajo.

El fanatismo es innegable que empequeñece cuanto toca, porque produce la fe ciega, y ésta no permite analizar ni juzgar; no hace más que creer, y esto no es bastante, es necesario saber el porque se cree: he aquí la razón, porque no quiero que el fanatismo se apodere de ninguna religión, ni escuela filosófica, sea cual sea, porque los fanáticos son intolerantes, quieren siempre imponerse y para mí el derecho de la fuerza es la osadía de la flaqueza.

Fatal es la influencia de ese enemigo capital de todos los hombres, pero causa mucho más estrago en las inteligencias débiles y limitadas; a esas desgraciadas criaturas las convierte en bufones de la sociedad, y desdichado de aquel que nos inspira una compasión risueña o festiva; porque este sentimiento sui generis no sólo destruye el valor moral de aquel ser únicamente, sino que se apodera de la escuela o religión a que pertenece, haciendo recaer en ella el ridículo en absoluto; por esto, repito, y no me cansaré de repetirlo, esos pobres fanáticos, con la más sana intención, están sirviendo de testigos falsos para dar fe de un hecho que no conocieron.

El Espiritismo tiene también estas limas sordas, enemigos inconscientes, pero temibles, que, si bien no le derriban, porque éste es incommovible, empero arrojan el agua del sarcasmo social sobre sus piedras angulares, y los cimientos, sino flaquean, al menos parece que se van hundiendo en arena movediza.

Estos puntos negros son los de los hombres fanatizados, que se empeñan en ser médiums a viva fuerza; porque muchos creen que, no siendo médiums, no se puede ser espiritista: necedad para la cual no encuentro adjetivo que la califique, ¡y cuánto daño no hace ese inocente deseo...! y a cuántas burlas da lugar, entorpeciendo y debilitando nuestra propaganda!

Dice un refrán: «que los tontos ni para santos sirven», y añade otro: «que es necesario tener un poquito de Dios y otro poco del diablo», dando la última pincelada aquel de: «el que tontamente peca, tontamente se condena.»

Yo tengo un gran placer en estudiar en ese álbum universal que han formado los proverbios populares, dísticos anónimos, aforismos sapientísimos, profundas sentencias que, sin abrigar pretensiones, son el índice de la historia de este mundo; y cuando encuentro en mi camino a una de esas almas cándidas que se impresionan, y no racionan, no puedo menos de exclamar: bien dicen que los adagios son manifestaciones de la verdad, simplificadas y puestas al alcance de todas las inteligencias.

Hace tiempo que conozco a un tipo especial, que quiero retratar, para que todo aquel que tenga conciencia de sí mismo y estudie las doctrinas espiritistas, lo contemplé con detenimiento y trate de no parecerse a él: primero, para no perjudicar a la idea colectiva; segundo, para no convertirse en histrión o payaso, que es el papel más triste y más secundario que podemos representar en la comedia de la vida; porque el que no sabe hacerse valer y respetar por sí mismo, ¿qué consideración puede pedir a los demás? Ninguna, absolutamente ninguna.

II

El dolor no cabe duda de que nos regenera, porque nos hace buscar la luz, engrandeciendo la órbita en que giramos.

Decía Jesús: que más fácil era que pasara un cable por el ojo de una aguja, que entrara un rico en el reino de Dios.

¡Cuán cierto es esto! Los poderosos de la tierra, los que viven entre placeres, olvidan el ayer, no aprecian el presente y desconocen el mañana: para ellos la creación es un libro cerrado.

¡Pobres peregrinos! ¡Cuántas veces tendrán que cruzar de nuevo el desierto de la tierra! Tengamos compasión de su infortunio y roguemos por ellos.

Una gran parte de los espiritistas que me rodean, abrazaron tan consoladora creencia, por la pérdida de alguna persona querida, y el héroe de mi verídica historia, pertenece a este número. Perdió a la compañera de su vida, a la tierna madre de sus hijos, y cuando en su desesperación negaba la grandeza y misericordia del Eterno, escuchó una voz bendita, ésta encontró eco en su mente, el eco repercutió en su corazón, le reanimó la dulcísima esperanza de comunicarse con su inolvidable esposa, y fue espiritista de impresión, entregándose en cuerpo y alma a estudiar la mediúmnidad que él quería poseer, empeñándose en que su esposa se había de comunicar con él, y seguir el mismo

género de vida unido a ella, como cuando ésta estaba en la tierra.

No son los estrechos límites de un real artículo (como el mío), armas suficientes para entrar en lucha y hacer notar las consecuencias tristísimas que de semejante aberración se desprenden; muchos artículos se necesitan escribir para combatir este error del fanatismo, y yo desearía que plumas más autorizadas, se ocuparan en tratar este punto importantísimo, porque nos interesa muy de cerca.

¡Espiritistas! en el coto del progreso todos debemos ser cazadores: las medianas inteligencias pueden olfatear, y los genios elevados seguir la pista y herir con certera mano las anomalías, los absurdos y los errores.

Mi héroe en cuestión lo ha guiado un pensamiento muy bueno, queriendo perpetuar, a su modo, el afecto que le hizo feliz en la tierra; es espiritista en el fondo y materialista en la forma, llegando a convencerse que posee una mediúmnidad incalificable, puesto que padece una contracción nerviosa acompañada de sonidos o crujimiento de huesos, que se repiten siempre que evoca a su esposa, sintiendo el hálito de ésta que acaricia su frente.

Esta extraña mediúmnidad se ha convertido en una lamentable monomanía y por instantes aumenta el movimiento de sus brazos, la agitación de su pecho y el cansancio de todo su ser.

Sus hermanos en creencias lo miran con lástima, y de ésta al desdén no hay más que un paso, y los profanos al Espiritismo se ríen de su credulidad y concluyen por decir con profundo desprecio: «No es digna de estudiarse una escuela que engendra a semejantes locos.»

Y este hombre, de digno continente, de desahogada posición social, de afable trato, siendo un buen padre de familia y con excelentes condiciones morales, lo ha convertido el fanatismo en el hazme reír de todos, en un mal espiritista, puesto que materializa y parodia el acto solemne de la comunicación ultraterrena y es uno de los muchos enemigos inocentes con que cuenta el Espiritismo.

Espiritistas; racionemos, estudiemos y analicemos, y de ese modo no seremos fanáticos ni delirantes creyentes, sino racionalistas; la razón, ante todo; y vosotros, pretendientes de carteras medianímicas, tened entendido, que el Espiritismo no se encierra en la mediúmnidad: un médium puede serlo cualquiera, y un buen espiritista es tan difícil hallarle, como el movimiento continuo y la cuadratura del círculo. Tratad de ser espiritistas de razón y no de efecto.

Los rudimentos de la mediúmnidad son las primeras letras del silabario de ultratumba, corregido y aumentado por las épocas y las civilizaciones, y la abnegación, el trabajo, la ciencia, la resignación, la paz íntima de nuestra mente, y la inagotable y verdadera caridad, son los libros de texto donde aprenden a leer los espiritistas de razón; los que adoran a Dios sin detalles ni accesorios.

¡Espiritistas! El punto negro de la civilización, no lo olvidéis nunca: es el fanatismo.

El buen siervo

A mi hermano D. Eduardo de los Reyes, por el premio que obtuvo en los juegos Florales de Murcia.

14. Porque el reino de los cielos es como un hombre que, partiéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes.

15. Y a éste dio cinco talentos, y al otro dos, y al otro uno, a cada uno conforme a su facultad, y luego se partió lejos.

16. Y el que había recibido cinco talentos, se fue y granjeó con ellos, e hizo otros cinco talentos.

17. Asimismo el que había recibido dos, ganó también él otros dos.

18. Mas el que había recibido uno, fue y cayó en la tierra, y escondió el dinero de su Señor.

19. Y después de mucho tiempo, vino el Señor de aquellos siervos, e hizo cuentas con ellos.

20. Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste: he aquí otros cinco talentos he ganado sobre ellos.

21. Y su Señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu Señor.

22.....

23.....

24. Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, yo te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste.

25. Y tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra: aquí tienes lo que es tuyo.

26. Y respondiendo su Señor, le dijo: Malo y negligente siervo, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí.

27. Por tanto, te convenía dar mi dinero a los banqueros; y viniendo yo hubiera recibido lo que es mío con usura.

28. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos.

29. Porque a cualquiera que tuviere, le será dado; y tendrá más; y al que no tuviere, aun lo que tiene le será quitado.

30. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera: allí será el llorar y el crujir de dientes.

(S. Mateo, c. 25, «Parábola de los talentos»).

La razón, que nunca ceja,
cuenta los siglos que el mundo,
tras del misterio profundo
fue buscando la verdad.

Y en las diversas etapas
que recorrieron los hombres,
diéronle distintos nombres
a la suprema deidad.

Mas un Ser no era bastante
a las razas primitivas
que se encontraban cautivas
de su misma admiración.

Un Dios fue poco y mil dioses
los idólatras tuvieron,
y entre todos repartieron
el poder de la creación.

En los bosques seculares,
en la montaña sagrada,
y en la espumante cascada
que de la peña brotó,
y en los huecos ojivales
de vetustas atalayas,
y en las arenosas playas
que el mar siempre acarició;
y en los cometas que dejan
su estela en los hemisferios,
y en los tristes cementerios
donde brilla fatua luz;
en el templo suntuoso
y en la solitaria ermita
donde vive el cenobita
divinizando la cruz;
en todas partes el hombre
fue su pasado inquiriendo,
y a mil sombras revistiendo
con enlutado ropón.

En la severa Alemania,
y en las regiones de Oriente,
y en el nuevo continente
que a España le dio Colón,

vagaban trasgos, fantasmas...
que los sabios nigromantes
invocaban anhelantes
para ver el porvenir.

Y la absorta muchedumbre
duendes y brujas veía...
y a milagro atribuía
del horóscopo el decir.

Y en los libros venerandos
de todas Las religiones,
se encuentran apariciones
que revelan nuestro ayer.

Y los profetas, ¿que han sido
sino médiums inspirados?
¡Historiadores sagrados...
cronistas del Sumo ser!

Esa aspiración eterna
animó a la raza humana;
la nostalgia del mañana
es la herencia del mortal.

Y por eso caminamos
con un afán incesante:
que es el hombre el judío errante
en su marcha universal.

Mas los años se suceden,
y en la vida transitoria,
arrastran tras si la escoria
que otro tiempo nos dejó,
hundiéndose en el ocaso
la base del fanatismo,
que del puro cristianismo
la moral no reflejó.

Ya no existen damas blancas
exhalando tristes quejas;
se perdieron las consejas
entre el humo del vapor;
las grandezas del Eterno
no buscamos en la sombra,
que de los campos la alfombra
las manifiestan mejor.

Y en el lago, en el torrente
en los valles y en los montes,

en los limpios horizontes
y en la horrible tempestad,
y en los mares que murmuran
como impotente precito,
¿no se encuentra el infinito
de la suprema verdad?

¿Valdrán más los fuegos fatuos
de olvidados cementerios...
pequeñísimos misterios
de la materia en fusión,
que los millares de mundos
los infinitos planetas
que en sus órbitas concretas
encierran su rotación?

¡Y van pasando los siglos,
y van los globos girando...
orden perfecto guardando
en su eterna exactitud!

Demostrando que el Eterno,
matemático profundo,
sin límites trazó al mundo,
no los trazó a la virtud.

Esto lo comprende el hombre,
y hoy por eso no se afana
en descifrar el mañana
de su eterno porvenir;
busca en la ciencia el progreso,
porque la ciencia es la vida,
es la savia bendecida
que nos alienta a vivir.

Pero no la ciencia helada
del codicioso alquimista,
que es improductiva arista
que arrebató el huracán.

Ciencia que se relacione
y preste calor al alma,
que brinde consuelo y calma
en esta vida de afán.

Ciencia que enlace a los hombres
sin necias preocupaciones,
que unifique las naciones
y éstas formen sólo un ser.

¡Ser gigante, ser potente...!
Yo sublime de una raza
que al fanatismo rechaza
cual rémora de su ayer.

Esta aspiración sagrada
la tiene el Espiritismo;
salvar del oscurantismo
a la nueva sociedad,
demostrándola con hechos
la causa que sintetiza,
porque a Dios lo patentiza
la bendita caridad.

¡Bien haya el honrado obrero
que trabaja con fe viva,
y que la ocasión no esquiva
de luchar con noble ardor!

¡Bien hayas tú, buen hermano!
que activo y perseverante,
no pierdes ni un solo instante
en decir: ¡Dios es amor?...

Si yo la envidia abrigara,
¡por Dios que te envidiaría,
que adelantas a fe mía
y no te puedo seguir!

Párate un momento, espera;
pero... no... sigue adelante
y no pierdas un instante
en buscar tu porvenir.

Sigue el hermoso camino
que tú mismo te has trazado,
por tu fe te has separado
de este mundo material.

Dios bendice a los mineros
de las regeneraciones,
pues nos dan con sus filones
la riqueza universal.

La Ciencia

Dicen los poetas que a las flores les es necesario el rocío, a los peces el agua y a las aves el aire, y nosotros decimos, que a los hombres les es indispensable la ciencia, si han de vivir la verdadera vida del espíritu, si han de darse cuenta del sitio que ocupan, si han de conocer, aunque sea ligeramente, los elementos que componen el aire que respiran, las plantas que lo recrean, y le ayudan a vivir, las montañas que atraen las copiosas lluvias, el organismo, en fin, de la tierra, con su maravillosa combinación.

El hombre sin estudios se asemeja al bruto y su adelanto se verifica lentamente, aun siendo un modelo de bondad y de amor, porque el que camina a ciegas tiene irremisiblemente que caer y en su caída arrastra tras de sí la idea que defiende, el principio que sustenta, la escuela a que pertenece, la religión que le une con el Creador; todo pierde su primitiva forma, tomando proporciones microscópicas lo que ayer las tuvo gigantescas.

Todas las religiones se han hundido en el polvo de los siglos, porque la ignorancia se encargó de engrandecerlas impulsándolas en el descrédito; pues al presentar la naturaleza en sus innumerables cambios la fuerza de su poder, lo que llamamos fenómenos, erectos de causas desconocidas para la ciencia, aquellas tuvieron los por milagros, sucesos sobrenaturales, cuando nada hay sobrenatural ni extemporáneo; en Dios no hay situaciones de efecto, no hay decoraciones sorprendentes ni juegos mágicos, no hay más que una ley inmutable, fija y eterna: Dios es el matemático del tiempo y sus demostraciones son grandes y sencillas a la vez, porque le dicen a la razón del hombre como dos y dos son cuatro, con tal precisión y claridad, con tanta exactitud y evidencia, que bien se puede decir: que las matemáticas son las piedras angulares de la eternidad.

Pero el hombre siempre ha buscado la sombra y se ha enlazado al fanatismo como la hiedra al muro centenario; por eso han transcurrido tantos siglos y nuestro progreso ha sido tan lento, tan débil, tan enfermizo, digámoslo así, y arrastramos una existencia lánguida y perezosa, viviendo como autómatas, sin podernos dar cuenta de lo que somos, por qué vivimos, qué elementos constituyen nuestro ser y qué seremos después.

La raza humana por lo mismo que es muy ignorante es muy impresionable; la fantasmagoría es el cristal óptico por donde ha mirado siempre la creación y ha visto visiones, creando dioses vengativos y antropófagos, puesto que les ofrecían tantas víctimas, inmolando en sus aras afecciones, deberes, libertad y entendimiento. Más tarde vino el Dios bolsista, el Dios del tanto por ciento; ese aún subsiste, aunque le va devorando el cáncer de la civilización y principia el estertor de su agonía.

La razón, primogénita de Dios y de la ciencia, es aún muy niña y no puede reinar; necesita regentes y nada peor para los pueblos que la minoría de un monarca. Por eso los hombres luchan hoy tan encarnizadamente; por que las naciones son los diputados del congreso universal y cada una tiene distinta doctrina.

Alemania libre pensadora, es la que camina hoy a la cabeza de la civilización; con entusiasmo dice: el rey del fanatismo ha muerto, viva el rey de la ciencia, paso al progreso, y adelanta majestuosa, seguida de otras potencias que, menos entendidas, y

por lo tanto, menos libres, no se atreven a romper, como ella, el nudo gordiano de las leyes tradicionales.

Los obreros de la civilización deben cantar el hosanna y aleluya en honor de la que hoy es la primera nación del mundo. ¡Salve, a la libre Alemania, cerebro de la Reforma! ¿Y por qué no hemos nosotros de seguir sus huellas, si tenemos inteligencia y voluntad para conseguir tan altos fines?

¿Qué hace falta para que lleguemos a su altura? Perseverancia en el estudio, energía para romper con necias preocupaciones, valor sufriente para arrostrar la befa y el escarnio como lo tuvieron Sócrates, Cristo, Galileo, Colón y tantos otros mártires, verdaderos santos, verdaderos creyentes, que murieron adorando el progreso.

Si; estudio, instrucción, porque sin ésta ningún adelanto puede subsistir, y las ideas más grandes, los pensamientos más sublimes, las instituciones más humanitarias, no tendrían vida propia, teniendo que desaparecer de la tierra, como las hojas secas del otoño arrebatadas por el vendaval.

¡Espiritistas! amigos del bien; no basta ser bueno y compasivos, es necesario ser grandes, es imprescindible buscar en la sabiduría, el porqué del por qué: el espiritista sin estudio, el espiritista ignorante, se asemeja a los católicos romanos: cree, porque ve creer, y en el Espiritismo no debe haber fe ciega, no y mil veces no; el Espiritismo es el análisis, es el filtro por donde debe destilarse el agua de los hechos, para dejar en él las aberraciones humanas.

Si no estudiamos, si no nos instruimos, vale la pena que nos llamen locos, no merecemos tal nombre, no somos dignos de llevarle; los ignorantes no pueden ser locos, ese es un adjetivo que pertenece exclusivamente a los sabios, y a los adeptos de la innovación, la turbamulta con el de necios tiene bastante.

La comunicación de los espíritus, que es el hecho más trascendental que se registra en la historia de los siglos, ese fiat de ultratumba, esa demostración evidente de la vida eterna, esa prueba tan innegable y tan consoladora de que no nos abandonan nuestros padres, hijos y hermanos, deudos y amigos, y que constantemente vivimos enlazados a ellos y éstos a nosotros, por el amor que, cual fluido universal, nos vigoriza y nos alienta; este hecho, repetimos, que es la manifestación de Dios, lo han empequeñecido, lo han parodiado algunos, ridiculizándolo de tal manera, que lo más sublime, y lo más santo, inspira hoy risa y compasión en muchos círculos de la sociedad.

¿Y sabéis por qué? porque nosotros, a imitación de los trapenses, cavamos nuestra sepultura, con menos dignidad que ellos lo hacían; puesto que silenciosos y graves no cambiaban más palabras entre sí que las de—«hermano, morir habemos, —ya lo sabemos», en tanto que nosotros con bombo y platillo vamos enseñando el mundo nuevo, tan pequeño como el tuti-li-mundi de los Saboyanos. Y brotan médicos que, sin conocer la O, inspirados por los invisibles, curan a diestro y siniestro, y los médiums sonambúlicos se multiplican dando estupendas comunicaciones y arrojando fluido sin ton ni son sobre los enfermos que se mueren, si ha llegado su hora; y entonces, grita la multitud indignada: ¡lo han matado los espiritistas! Cúlpense los unos a los otros, no culpen al Espiritismo: culpen a su gran ignorancia, a su mayor fanatismo, que la doctrina espiritista es demasiado grande, es una luz tan esplendente, que no la pueden

resistir sus ojos enfermos.

A la literatura también le ha llegado el contagio burlesco espiritista, y abortos monstruosos de imaginaciones calenturientas y obsesadas, se lanzan al estadio de la prensa, diciendo: que sus libros son inspirados por los espíritus, y erigiéndose en propagadores del Espiritismo.

¿Cuándo ni cómo le ha faltado al verdadero espiritista el sentido común y el justo criterio? nunca, porque no puede ser, porque el espiritista es humilde, y se conoce un poco a sí mismo: por lo tanto, el que no tiene una gran inteligencia se contenta con practicar la caridad; y visita al enfermo, y consuela al triste, y aconseja al libertino, y reprende a la mujer perdida, y da un buen ejemplo con su irreprochable conducta, para que los demás le imiten, siguiendo su huella. Este es el retrato exacto del espiritista sin dotes literarias ni científicas; porque todas las inteligencias no pueden caminar a la par, son humildes y laboriosas hormigas, pudorosas violetas, que no por estar escondidas dejan de embalsamar el ambiente con su delicada esencia. Y los hombres dotados de más condiciones intelectuales, estudian detenidamente la naturaleza, y como Flammarión, Retan, Pezzani, Allan Kardec, Castelar y tantos otros que sería difuso enumerar, escriben obras verdaderamente científicas enciclopedias de todos los conocimientos humanos.

Esos son literatos espiritistas, aunque algunos de los citados no lleven este nombre; pero ¿qué importa que no se llamen espiritistas si propagan la ciencia, si difunden la luz, si reconocen una causa y nos describen sus efectos?, ¿qué más les podemos pedir, llámense como quieran si su ciencia es una? Pero los aprendices del Espiritismo se les figura que una obra para ser espiritista ha de tener indispensables revelaciones de ultratumba, y fantasmas, y sombras, y todos los duendes habidos y por haber, y están en un gravísimo error.

Los libros espiritistas lo que necesitan es ciencia profunda o moral evangélica, y cuantos volúmenes se publiquen sin estas condiciones, los rechaza el Espiritismo por apócrifos, por calumniadores, por hipócritas y falsarios.

¡Espiritistas! no descansemos sobre nuestros laureles, porque profundos sabios se encuentran en nuestras filas, no; de nada sirve que un hombre hable si no tiene quien le entienda, y aquí viene de molde el antiguo adagio: predicar en desierto, sermón perdido, y mejor aún las razonadas frases de Cristo: No arrojéis margaritas a los puercos.

La unión es la fuerza, y ésta la vida; estudiemos con fe, rechacemos con energía a los embaucadores del Espiritismo, luchemos, entremos en batalla con la humanidad sin llevar cañones Krup ni ametralladoras, máquinas infernales que nos estacionan en la tierra; nuestras armas serán el testamento de Jesús, los traslados de la ciencia, en sus múltiples manifestaciones, las obras filosóficas de todos los sabios que hemos llegado a conocer. La ciencia es infinita, incomprendible para muchos, pero también hay breves compendios simplificados para que a todas las inteligencias llegue la luz.

Nuestro sagrado deber es decir muy alto que nosotros vamos hacia Dios por la ciencia y la caridad y todo aquel que especule con el Espiritismo ni es espiritista ni lo será tampoco durante muchos siglos.

¡Ciencia! ¡irradiación divina, bendita seas!

A ti, y solo a ti, encarnación de Dios, rendimos homenaje y culto ferviente los verdaderos espiritistas, que son sabios o humildes; nos creemos felices con pertenecer siquiera a los últimos.

1875

**Al inspirado poeta Mariano Chacel
por su galería de retratos lúgubres**

Ha tiempo que buscaba en mi camino
un genio como tú, grande, profundo,
que al llorar nuestro mísero destino
se elevará gigante sobre el mundo,
que anatematizando al asesino,
implacable, severo y furibundo,
dijera a los mortales: —Deteneos,
no sigáis el papel de fariseos.

«No deis a Dios arteros maleficios,
ni pasiones bastardas y mezquinas,
no le ofrezcáis horrendos sacrificios
al que cubrió de flores las colinas;
limpiaos, si podéis, de vuestros vicios,
escudriñad las páginas divinas,
y hallareis en las Santas escrituras,
Paz en la tierra y gloria en las alturas.»

«Mas si la persuasión nada consigue
y si el consejo para el hombre es vano,
y obcecado y tenaz la senda sigue,
que le conduce al crimen; si tirano
de sí mismo se torna; si prosigue
codiciando el tesoro de su hermano,
y niega la verdad del infinito
creyendo que el Eterno es solo un mito.»

«Por la similitud veré si puedo
combatir ese mal que le extravía,
y retratos haré, que causen miedo
por su vigor y entonación sombría;
y tan exacto y fiel será el remedio
que yo haré en mi social fotografía,
que los que el dardo y el puñal oprimen
con repugnancia mirarán su crimen.»

«¡Genios del mal! venid, dadle a mi mente,
ferocidad de acción, torpe cinismo,
quiero pintar lo que el precito siente
para que se avergüence de sí mismo;
yo quiero que examine lentamente
el cráter del volcán, el hondo abismo,
donde la sociedad se precipita
siguiendo de Caín la ley maldita.»

Y los genios del mal te complacieron,

pues todos en tropel a ti llegaron
y del feroz Pirata te dijeron
que el chacal y la hiena lo engendraron;
al Ladrón y al Verdugo forma dieron,
del Jugador la angustia retrataron,
la inicua condición del Carcelero,
y la infame ambición del Usurero.

La postrimera queja del Suicida,
el lamento fatal de la Ramera,
de la Monja la voz entristecida,
que ni en el cielo ni en el mundo espera;
el Reo de muerte, que al perder la vida
hace llorar su historia lastimera,
la imprecación fatal del Presidiario,
y la insaciable sed del Incendiario.

Y todos los dolores confundidos
del Hambriento, del Ciego y del Poeta,
del triste Moribundo los gemidos,
vida y color les presta tu paleta;
del Pordiosero copias los aullidos
que en su dolor a sus hermanos reta,
y del Sepulturero cuya azada cava
en la tierra la postrer morada!

De todos sabes modular el tono;
se encuentran en tu lira vibraciones
para la imprecación y el torpe encono,
y las más elocuentes oraciones;
afirmas que el Eterno tiene un trono
y que nuestras mezquinas condiciones
no son hijas del ser Omnipotente,
que es el hombre el que escoge libremente.

Nacen de nuestras leyes especiales,
que matan al mortal, que muerte hiciera
¿secan así las fuentes de los males?
¿analiza y razona el que se muere?
Y a los hijos de aquestos criminales
¿qué les ofrece el mundo que los hiere!
el olvido, el desprecio y la ignorancia,
que acorta de los vicios la distancia!

Esto dice tu acento prepotente,
que resonó en los ámbitos del mundo;
tu inspiración iguálase al torrente
que arrastra tras de sí el cieno inmundo;
tu voz es poderosa y maldiciente,
es un grito, un lamento furibundo,

que a nuestro ser conmueve y electriza
y nuestras sensaciones esclaviza.

¿Llegaste a conseguir tu noble intento
cauterizando el cáncer de esta vida?
¿Comprendieron tu hermoso pensamiento
los hijos de la raza fratricida?
¿O fue tu voz el huracán violento
que al lanzar su terrible sacudida,
hizo brotar el fuego de los montes
y desgarró los negros horizontes?

¡Ay! así fue; los hombres te escucharon,
mas tu santa intención no han comprendido,
los grandes con desprecio te miraron,
los pequeños lanzaron un rugido;
que aquellos que a los pueblos
predicaron por premio a su trabajo han conseguido
lo que has logrado tú, maledicencia,
el martirio, y después... la indiferencia.

En colectividad, esto se alcanza,
pero individualmente es otra cosa:
la voz que el hombre a los espacios lanza
el eco la repite vigorosa;
yo te escuché, y plácida esperanza
me hizo entrever edad más venturosa:
quien como tú los vicios abomina,
bien puede propagar la gran doctrina.

¿Sabes cuál es? escúchame y atiende,
porque atención merece tal asunto;
hay una asociación y ésta defiende
la ley que dio Jesús, punto por punto;
perdona compasiva al que la ofende,
y cuando el hombre pasa a ser difunto,
le recuerda, le evoca, éste aparece;
y la vida otra vez se restablece.

Por comunicación ultraterrena,
demostrando que el hombre siempre vive
no del infierno en la terrible pena,
que la razón absurdos no concibe,
ni de la gloria en la mansión serena
donde la inercia al alma se prescribe,
que en el Espiritismo, la bonanza
no es la contemplación, la simple holganza.

Tenemos puertos con brillantes faros,
tenemos mundos de sin par valía

y horizontes tan límpidos y claros,
que no pudo sonar tu fantasía,
resonando una voz que dice— «amaros,
porque el eterno amor a Dios nos guía»,
y los hombres se unifican
y al rey del Universo glorifican.

Por medio del trabajo en los talleres
y por gigantes buques en los mares,
y en las campiñas ofreciendo Céres
abundantes cosechas a millares,
Guttemberg enlazando caracteres
para dar a la ciencia laminas,
y la electricidad con fuerte aliento
su ligereza disputando al viento.

Mientras la caridad va descifrando
del amor y el progreso en el guarismo
que en las ciudades libres es nefando
consentir el fatal proletarismo,
la razón y la ciencia van mostrando
que el bien se debe hacer por el bien mismo,
y los espiritistas verdaderos
del adelanto son fieles obreros.

¿Quieres venir con tu inspirado acento,
con el dolor supremo de tu mente,
con ese inexplicable sentimiento
que se revela en tu cantar doliente?
¿Quieres que encuentre un eco tu lamento
y que se escuche tu plegaria ardiente?
Ven a nosotros, ven, nuestra creencia,
tranquiliza del hombre la existencia.

No porque el fanatismo nos embarga,
sino porque aprendemos a estudiarnos,
y hallamos más ligera nuestra carga
si la conciencia sabe reprocharnos;
nuestra lamentación no es tan amarga
si tranquilos podemos contemplarnos
repetiendo con fe este aforismo:
para juzgar, conócete a ti mismo.

Y por Dios te aseguro que en la tierra
ninguno habrá que arroje una pedrada.

Que no la halló Jesús, cuando la guerra
todos le hacían a la mujer culpada;
todo aquel que razona y que se encierra
en su pasado, encuentra su mirada

un algo que le dice: —¿desgraciado?
¡cómo has de recoger si no has sembrado!

Ven, poeta, ven; resignación bendita...
encontrarás para calmar tu duelo,
resignación tu mente necesita,
pues tu canto revela el desconsuelo.
De Dios la caridad es infinita,
nunca nos niega celestial consuelo,
porque le dice al justo y al perverso:
- Es tu centro de acción el Universo.

» Vive a tu antojo en él, tuya es la vida,
siembra si quieres recoger el fruto,
el Progreso es tu punto de partida
y a éste le debes ofrecer tributo;
tu existencia es eterna, indefinida,
y ya pierdas un siglo, ya un minuto,
tu espíritu, tu germen y tu idea,
ha de vivir porque mi Ser la crea.»

1875

Cartas íntimas

A mi hermana en creencias África Méndez

El Avaro

I

Hermana mía: una de las más grandes expiaciones que puede tener el hombre, es la avaricia; porque seca en él todas las fuentes de la felicidad. Aunque en la tierra el placer si no es un mito le falta muy poco para serlo; pero con todo, el mortal puede, a imitación de Cristo, multiplicar como éste los panes y los peces,

Contentándose él con lo estrictamente necesario y dando a los pobres lo que pudiera gastar en superfluidades.

El hombre no tiene más necesidades que las que él quiere tener; si así no fuera, no existirían tres partes de la humanidad.

Si los palacios de mármol con todo el refinamiento del lujo nos fueran indispensables para poder vivir, ¿qué sería de los mendigos... judíos de todos los tiempos? ¿egipcios errantes, que sin hogar ni patria caminan a la ventura, llegando muchos de ellos a una edad muy avanzada?

El hombre no es más que un animal de costumbre; en todas las esferas vive y se aclimata y no son las comodidades materiales las que suelen prolongar la existencia; porque en la edad de piedra, cuando el hombre no usaba, para salvarse de la intemperie, más que una tosca piel, vivía la vida del cuerpo hasta entrar en el período sexagenario. Hoy no es así, nuestra estancia en la tierra es mucho más breve, y si algún hombre llega a ser octogenario no es seguramente el que habita los palacios, sino el que vive en las montañas.

Todo pecado lleva en sí la penitencia; nuestra época, altamente positivista, es avarienta, es codiciosa; el libro de caja es hoy el código de la humanidad; el tanto por ciento es el mote de nuestro escudo: la avaricia ha sido el distintivo de los hijos de Jacob; hoy todos somos descendientes de la tribu de Judá.

El suicidio se ha generalizado hoy en la emprendedora Inglaterra, y en la coqueta Francia: esa muerte violenta puesta al alcance de todas las miradas, ese fenómeno tangible que descompone nuestro organismo, no tiene tan repetidas ediciones en la patria de Cervantes; pero existe otro suicidio que no por ser más lento deja de ser menos seguro; nos asfixiamos por medio de la avaricia, vamos enrareciendo el aire hasta que lo descomponemos por completo.

Es costumbre inmemorial escribir sus impresiones de viaje, todo el que deja, aunque sea por breve plazo, su residencia habitual, y le gusta tener un rato de conversación con esos amigos desconocidos, que se conocen con el nombre de lectores.

Tú, hermana mía, me has dicho muchas veces, escribe tus viajes, y yo, cediendo siempre a la mágica influencia del mañana español, te he dicho: sí, ya escribiré, pero los

meses han pasado, los años han transcurrido y sólo mi memoria ha guardado los clichés de mis recuerdos.

Hoy que me encuentro lejos de ti, y que mirando el mar me pierdo en las regiones del infinito, y el pasado se enlaza con el presente, y a mi débil cabeza reaparecen las ciudades y las aldeas que visité ayer, con sus moradores más o menos simpáticos, parece que, como las figuras de una linterna mágica, las veo pasar y huir.

A veces una sola palabra es la varita de virtud, que hace brotar los hechos de ayer y ponerlos en relación directa con nuestro pensamiento; eso me ha sucedido a mí. Entretenida en sabrosa plática con varios de nuestros hermanos en creencias, íbamos enumerando los infinitos dolores que afligen a la raza humana, y le llegó su vez a la avaricia. Como un espiritista no puede ser avaro, naturalmente, anatematizamos el vicio capital que empequeñece al hombre, y le hace esclavo de sí mismo: y cada cual fue usando de la palabra, menos yo, porque mi pensamiento buscaba en el pasado los tipos que había conocido, envueltos en los repugnantes harapos del sórdido afán y el mezquino interés. Vi levantarse muchos muertos de sus tumbas y entre todos a una familia, que conocí hace algunos, compuesta de cinco individuos.

Pertenecían a la clase media, y vivían en un pequeño pueblo, dedicándose a vender paños y mantas. Era un matrimonio con tres hijos, dos varones y una hembra, la cual era hermosísima, se llamaba Rosa y era, como la reina de las flores, encantadora. Sin duda aquella criatura vino a la tierra con la misión de despertar a sus padres y hermanos de su sueño fatal, y apartarlos de su tortuosa senda; porque ella era el reverso de la medalla de toda su familia.

Rosa era dulce, cariñosa y comunicativa, sensible a la desgracia; lloraba con la viuda y con los niños huérfanos, con el jornalero enfermo y el magnate arruinado, y por esta sensibilidad extremada, sus padres y sus hermanos le decían que era tonta, simple y llorona. Ella los escuchaba sonriéndose tristemente, y siempre que podía, empleaba todas sus caricias para alcanzar de su padre una pequeña suma para los pobres.

Su padre la quería todo lo que él podía querer después de rendir culto al becerro de oro. Vivía en el mismo pueblo un joven, que también era pañero; Rosa y él se vieron, y se amaron; pero cuando su padre se enteró de la comunicación amorosa que existía entre aquellas dos almas, se aterró; porque vio desplomarse el edificio de su porvenir que él tenía ya fijado en el casamiento ventajoso que Rosa pudiera hacer; así es, que reprendió duramente a su hija, y amenazó al enamorado doncel con levantarle la tapa de los sesos.

La infeliz Rosa, conociendo que su padre era capaz de cumplir su promesa, desistió por completo de alimentar amores y esperanzas, y puso término a sus primeras y últimas expansiones juveniles: ¡casta azucena, delicada sensitiva, que replegó su gentil corola al primer soplo del viento! Su pobre amante, que la amaba con locura, sentó plaza en el banderín de Ultramar, y un año después murió llamando a Rosa.

Esta no le había olvidado, y su muerte la causó tan profunda pena, que la tisis se apoderó de su ser, y entonces sus padres emplearon toda clase de cuidados para salvarla. Abandonaron el pueblo que les vio nacer y se trasladaron a N... ciudad de primer orden, donde pusieron un lujoso almacén de paños; pero Rosa era demasiado buena para vivir en este planeta y dejó al fin la tierra, rogando a su padre que no fuera avaro y que

recordara siempre que dos personas habían sido víctimas de su avaricia: el prometido de su alma y ella.

El pobre hombre, después de su vicio dominante, quería a su hija cuanto él sabía querer, quedó espantado con la muerte de aquel ángel, y gastó en misas y en responsos una suma exorbitante.

¡Cuánta imbecilidad! si en realidad sirvieran esas ofrendas para rescatar almas del Purgatorio, ciertamente que Rosa no las necesitaba; porque los seres que nos enseñan a querer, a sufrir y a perdonar, descienden a la tierra, no a purificarse, sino a salvar a los demás; porque el buen ejemplo sirve de más provecho que los libros más profundos, y los oradores más eruditos: los hechos son las piedras angulares que han de sostener el templo de la civilización. Mas aún no era llegada la hora de redención para la familia de Rosa; la lloraron cuando la perdieron, sin comprender el bien que habían perdido con ella.

Como las almas vulgares no pueden abrigar sentimientos grandes y elevados, el recuerdo de Rosa se fue borrando de los suyos, y únicamente su madre guardaba un algo, que la mortificaba y agriaba su carácter de día en día. Al entrar en aquella casa se sentía frío; el padre y los dos hijos encerrados en el despacho se ocupaban en escribir, y la madre, sentada junto al lecho donde murió su hija, se entretenía en hacer media, sola, aislada, con las cejas fruncidas y la mirada hosca y sombría. A la hora de comer se reunían, y los hombres hablaban de sus negocios y la madre regañaba a los criados, porque la cuenta subía mucho y ella no estaba para hacer muchos gastos.

Varias veces asistí a aquellas tristísimas reuniones de familia, y me impresionaba dolorosamente aquel hogar sin fuego, sin la llama divina del amor. La fortuna les sonreía, jugaron a la lotería y dos veces lograron el premio grande, llegando en poco tiempo a ser millonarios; pero mientras más tenían, más avaros se tornaban; sus arcas de hierro estaban repletas de oro, mas en cambio, sus estómagos estaban poco menos que vacíos; tal era la mezquindad del alimento con que se nutrían.

Tenían la casa decorada con lujo, pero sus magníficos salones siempre estaban herméticamente cerrados; no habitaban en ellos para no estropear los ricos muebles. ¡Cuán desgraciados eran aquellos cuatro seres!... Estaban encadenados al potro del tormento más horrible, tenían el agua a torrentes y siempre estaban sedientos.

Cuántas veces llegaban los pobres a aquella suntuosa morada, otras tantas, me decía aquella desventurada avarienta:

—Toma hija, ahí llevas dos cuartos; creo que hay cuatro pordioseros, pero si no son más que tres, que te devuelvan un ochavo... y momentos antes de esta escena había dicho su marido:

—Los negocios no van mal, hay en la caja 18 millones, sin contar con lo que nos deben. ¿Necesita esto comentarios?...

Para cobrar una deuda embargaron los bienes de una opulenta familia, y se quedaron con un carruaje. ¿Disfrutaron ellos del coche? no, casi nunca; porque siempre temían que las yeguas se cansaran, y enfermando se murieran, y en tan triste caso se quedaban

sin ellas.

II

Los años pasaron, las riquezas crecieron; pero... sus dueños fueron más desgraciados cada día: porque las enfermedades se fueron apoderando paulatinamente de aquellos empobrecidos organismos.

El padre tuvo que renunciar a dar un solo paso, porque las piernas se le llenaron de llagas, y aún me parece verle sentado en un gran sillón con la mirada fija en sus hinchados pies; sus hijos no le acompañaban hasta que no concluían el trabajo del día, y su esposa, recordando a su hija, había ido aborreciendo a su marido, acusándole de la muerte de Rosa, y muchas veces la oí decir con amarga entonación:

—Que sufra solo, yo también he sufrida la soledad más terrible, por haber muerto mi pobre hija; ¡que si la hubiera dejado casarse con quien ella quería, ahora tendría él cariñosos nietos que le distrajesen con sus caricias y sus juegos! Que padezca; ¡si él tiene llagas en las piernas, yo las tengo hace mucho tiempo en el corazón! y seca, dura, inflexible, aquella mujer, que no supo ser madre, tampoco fue buena esposa, dejando morir solo y desesperado al padre de sus hijos.

Todos los hombres, cuando dejan la tierra, obtienen generalmente algunas frases compasivas; aquel desgraciado no mereció ni una, ni una sola, antes al contrario, los jornaleros que habían trabajado en sus posesiones seguían al cortejo fúnebre murmurando estas y otras parecidas imprecaciones:

—¿Te llevas el dinero? ¡cuánto debe pesarte!

—Anda, anda; que el diablo buena cuenta dará de ti; ¡verdugo de los pobres! ya era tiempo que pagaras las malas pasadas que has hecho en este mundo: toma millones, toma millones, pues con todo tu dinero no verás la calva de San Pedro...

Esta fue la, oración-fúnebre que rezaron en este mundo por el rico capitalista. Uno de sus hijos, adquirió una enfermedad en la laringe, que le impedía hablar, y el otro, heredó las llagas de su padre: ¡al año de morir aquél, murió el heredero de su dolencia, y dos primaveras después, el infeliz poderoso, que había vivido cuatro años sin poder articular ni una sola frase, y sin tomar más alimento que caldo y leche!

Quedó sola la madre, y al poco tiempo perdió la razón, si bien su locura era tranquila y provechosa para los pobres, porque nunca daba de limosna menos de cinco reales, y todos los sábados ella por su mano distribuía el socorro a muchos mendigos, que llegaban a su puerta, pagando con esto, según ella decía, una deuda contraída por su marido.

La historia de aquella deuda es la siguiente, hermana mía.

III

Estando un día los albañiles trabajando en los tejados de la casa, que ocupaba el rico avaro, un pobre joven se cayó al patio y murió instantáneamente. A su padre, que

también se encontraba en el lugar donde ocurrió la catástrofe, se lo llevaron al hospital, porque el infeliz quedó coma herido del rayo al ver caer a su hijo. Esto sucedió por la mañana; algunos días después, el padre de la víctima salió del hospital y fue a casa de su amo a cobrar los jornales de media semana. El pobre jornalero ganaba diez reales y al pagarle el rico propietario le dijo:

—El jueves dejasteis de trabajar tú y el chico; a éste le pagué el entierro; y tú, ahí tienes treinta y cinco reales, de tres días y medio, y no te doy más, porque yo no pago jornal que no se gana.

Aquel infeliz había dejado de trabajar por la muerte de su hijo, y al ver la infame avaricia del miserable usurero, que le descontaba cinco reales, que no había ganado, se indignó y le dijo:

—¡Permita Dios, que antes de cinco años, le sobre a usted y a sus hijos todo el dinero que tienen!...

Antes de cumplirse los cinco años, murieron los tres, y a los pocos días fue el albañil y pidió permiso para ver a la viuda; ésta lo recibió y él le contó la historia, diciéndola, por último:

- Quede usted con Dios, señora. Dios no se queda con nada de nadie: su marido me robó cinco reales, porque dejé de trabajar medio día a causa de haberse muerto mi hijo; ¡ahora... Dios le pedirá los intereses!

La pobre mujer, quedó aterrada, y durante muchos años siguió dando a los menesterosos, los cinco reales que su marido había negado.

¡Desgraciada!... no supo ser madre, no supo inculcar en sus hijos la caridad y el amor, mofándose de su hija, cuando ésta hacía suyas las penas de los demás. No perdonó a su esposo y le dejó morir solo y aislado, como si estuviera atacado de hidrofobia; he aquí por qué luego ella vivió sola, rodeada de seres extraños, que la despreciaban y deseaban su muerte.

No sé si aún se encuentra en la tierra esta infeliz mujer. ¡Qué expiación tan horrible es la avaricia! ¡Tu estas libre de ella, hermana mía! Eres Pobre y, sin embargo, ofreces el pan y la sal de la hospitalidad a todos los peregrinos que llegan a tu tienda con hambre y sed.

¡Bendita sea la caridad!... Tú sabes practicarla: que Dios te otorgue bienes para que muchos desgraciados te puedan bendecir.

¡Hermana de mi alma! Ruega por los avaros, que son los leprosos de todos los tiempos, los parias de todos los siglos, los desheredados de la creación. Roguemos por ellos.

La unidad religiosa

(No hay más que un Dios)

Ha tiempo que he buscado con incesante anhelo
al Dios de la justicia, al Dios de la verdad;
al Ser Omnipotente, sin límite y sin velo,
aquel que fue increado, y que es la eternidad.

El alma de los mundos, el fuego de la idea,
la esencia de la vida, el germen del amor,
la fuente inagotable, la luminosa tea
que con su luz esparce eterno resplandor.

¡Oh! sí; siempre he buscado la irradiación suprema,
en donde yo encontrara la causa del por qué;
sin árboles prohibidos, ni estigma ni anatema,
que a imbéciles historias jamás he dado fe.

Por qué los inventores de fábulas sagradas
tuvieron á té mía tan pobre inspiración,
que sólo hallan en ellas las almas razonadas
de absurdos y sofismas extraña confusión.

Revisten a su antojo al Ser Omnipotente
con odios y rencores, ¡oh! inicua ceguedad...!
¿la gota de rocío se igualará al torrente?...
¿podrá la densa sombra prestarnos claridad?

El hombre, átomo errante, es célula embrionaria,
de osada inteligencia, que va de un algo en pos;
y sólo puede y debe alzar una plegaria,
mas nunca darle formas ni definir a Dios.

Dios es indefinible, apreciación no tiene,
y son las religiones, utopías nada más,
que el lucro y el comercio tan solo las sostiene;
por eso el culto externo no aceptaré jamás.

Los cristos espirantes, las vírgenes hermosas,
los templos de granito, reliquias y oropel,
los miro con tristeza, y digo pesarosa:
¡qué vale este homenaje si el corazón no es fiel!

A imágenes de cera las visten con brocado
y lluvia de diamantes les ofrecen con fervor,
y el infeliz mendigo, sucumbe abandonado,
sin lecho, sin abrigo, en medio del dolor.

¿A quién le hará más falta el santo donativo?
¿á la figura helada, o al mísero mortal?
¿al ser que lucha y gime por el pesar cautivo
o a un símbolo sin vida, y sin valor real...?

Cuando Jesús el bueno apareció en la tierra
¿qué les pidió a los hombres? un limpio corazón;
y con los sacerdotes sostuvo cruda, guerra
anatematizando su falsa ostentación.

Diciéndoles que eran sepulcros blanquearlos;
¡y cuán bien aquel sabio los supo definir!...
gusanos insaciables en ellos encerrados:
han ido destruyendo del hombre el porvenir.

Poniendo ante los ojos la impenetrable venda
del torpe fanatismo, que ahuyenta toda luz,
que compra redenciones por medio de la ofrenda
y que ha desconocido la historia de la cruz.

Si aquel que murió en ella los dioses no aceptaba.
¿por qué ídolo le hicieron, cuando él los derribó?
diciendo: que a Dios mismo Jesús representaba,
que por salvar al hombre al mundo descendió,

¡Espíritus pequeños! atrevimiento loco
es creer que el Ser eterno, pudiese aquí encarnar,
pues desgraciadamente valemos aún muy poco
para que entre nosotros pudiera Dios estar.

Es Dios mucho más grande, que cuanto hemos creído,
ningún hombre refleja su eterno resplandor;
ni Sócrates el sabio, ni Cristo el elegido,
pudieron demostrarnos la esencia del Creador.

Porque eso es imposible, al menos en la tierra;
sí estamos bajo cero respecto a la moral!...
¡si nos despedazamos en fratricida guerra,
si no se agota nunca el llanto universal!

Por eso yo no acepto la fábula divina,
y en Cristo miro al hombre cual éste debe ser;
que muera si es preciso y salve su doctrina,
que en pró del adelanto no hay límite al deber.

En Cristo miro al genio que nos mostró el camino
para llegar al puerto de luz y de verdad;
mas no personalizo al Hacedor divino:
para no ser deícida cual es la humanidad.

Es Cristo el arca santa del eternal progreso,
tras de su noble huella debemos ir en pos,
grabando en nuestra mente el bíblico suceso,
mas no empequeñecerle diciendo que fue Dios.

Como hombre fue muy grande, cual Dios no lo seria,
que la razón medite y empiece a analizar.
¡Dichosos de nosotros si como Cristo un día
podemos resignados morir y perdonar!

Buscando del Eterno las indelebles huellas
no en templos suntuosos ni en pobre reclusión;
sino en los miles mundos que aquí llaman estrellas,
y en todas las bellezas que encierra la creación.

Busquemos al Ser justo sin darle forma alguna,
sin tiempo, sin medida, pues Dios no tuvo ayer,
que la materia eterna de los planetas cuna
esencia es condensada del infinito Ser.

¡Por eso si el eterno está constantemente
prestándonos su aliento, su vida y su calor,
¿A qué simbolizarle forjando nuestra mente
quiméricos fantasmas, parodias del Creador?

En la naturaleza descrita está su gloria,
en sus múltiples hojas se encuentra la verdad,
el génesis divino, la legendaria historia
del Dios, que por herencia nos dio la eternidad.

1875

Cartas íntimas

A mis hermanos los espiritistas de Jijona

I

¡A Dios!... triste palabra es ésta, hermanos míos, para la generalidad: para nosotros, si bien no deja de serlo, no es tan dolorosa por la constante comunicación de nuestros espíritus, vida de relación que nunca termina para bien de la humanidad.

La Providencia me trajo a vuestro lado, hermanos míos, y nunca olvidaré los días que he pasado entre vosotros.

Cuando se ha vivido en las grandes capitales y especialmente en la corte, donde todo se compra y se vende, donde se comercia con la religión, con la política, con la honradez y dignidad del hombre, al llegar a estos lugares apartados y tranquilos, donde encontramos costumbres patriarcales, y una melancólica monotonía, nos sentimos profundamente impresionados y no podemos darnos cuenta de nuestras sensaciones: pero cuando vamos tratando a sus sencillos habitantes y encontramos tan buenas cualidades, sin artificio alguno, al ver tanta lealtad y tan inmensa fe, nuestro corazón, helado por las decepciones de la vida, va recobrando calor lentamente, al mismo tiempo que nuestros labios murmuran con efusión: Aún queda algo en la tierra, aún hay almas creyentes que aman y confían. ¡Dios las bendiga!

Esto me ha pasado a mí con vosotros: sabía que erais espiritistas, pero hay muchos modos de serlo, he dicho mal, modo, no más que uno, las demás manifestaciones son reflejos de la luz, mas no la luz misma.

El verdadero espiritista ha de ser humilde, honrado y trabajador; ha de hacer suyas las penas de los demás, no perdonando medio para consolarlas; ha de procurar instruirse haciendo conocer a sus hermanos el fruto de sus estudios; pero sin envanecerse por su ciencia, ni hacer alarde de sus dotes intelectuales. Esta es la fotografía exacta del espiritista; hay otros librepensadores que también se llaman como nosotros; creen en la comunicación de ultratumba, algunos de ellos son profundos sabios, elocuentísimos oradores, hombres... verdaderamente grandes, lumbreras de la ciencia, pero que considerados moralmente son tan pequeños y tan raquícos, que es una profanación llamarles espiritistas.

Existen otros individuos que también se creen hermanos nuestros en creencias y a quienes llamo animales anfibios, por que leen las obras de Allan Kardec y encienden una lámpara al Cristo de la salud, evocan a los espíritus, y al día siguiente van a oír cinco misas por el alma de sus difuntos, rezando diez o doce rosarios para aumento de gracias y desagravios.

¿Merecen estas criaturas, confundidas aún en el caos de la ignorancia, el sagrado nombre de espiritistas?... No me cansaré de repetirlo, hay muy pocos que sean dignos de llevar tal nombre.

Antes de conocer el Espiritismo, me gustaba visitar alguna vez los templos, entraba primero en la hermosa catedral de Sevilla, y allí admiraba el genio del hombre, el poder

del arte y la rica fantasía de una suprema inspiración. Si se celebraba alguna ceremonia, contemplaba con melancólico desdén aquel fausto teatral, aquel maravilloso efecto escénico: y después me iba a la Iglesia del convento de los Remedios (que está en el campo) y en aquel paraje decorado sencillamente, sin más adornos en sus viejos altares, que hermosos ramos de flores, mi alma magnetizada por el fluido de Dios sentía allí... lo que nunca llegó a sentir en la gigante catedral.

Desde que en buena hora conocí el Espiritismo, he tenido deseos de visitar los centros de las pequeñas poblaciones y los grupos familiares de las aldeas. La fortuna amiga ha principiado a satisfacer mi anhelo, trayéndome a vuestro lado, y he sentido entre vosotros... lo que sentía en la Iglesia de los Remedios, después de visitar la majestuosa y altiva catedral.

Si, hermanos míos; hay entre vosotros almas muy bien templadas que comprenden y practican el verdadero Espiritismo, que es el Evangelio de Jesús. Series la base de una generación instruida, libre y buena.

Muchos de vosotros moriréis sin llegar a comprender las obras de metafísica, de filosofía alemana y de economía política; pero no os apesadumbréis por ello, siempre que leáis en vuestra conciencia amor y caridad: ¡libro precioso! ¡volumen inapreciable! donde aprenderán a leer vuestros hijos.

¡Con cuánto orgullo los contemplareis mañana viendo que son instruidos y pacíficos ciudadanos, honrados y amorosos padres de familia y que en medio de la paz de su hogar os evocan y os bendicen...!

Adiós, hermanos míos, no olvidéis nunca que sin caridad no hay salvación, y en, tended bien que la caridad no se limita únicamente a darle pan al mendigo, es darle consejo al que no sabe, acompañar y consolar al que sufre, no divulgar debilidades de nuestro prójimo y otras mil demostraciones que tiene la caridad y que la misma conciencia dicta y no es necesario indicárselas. Respecto a la instrucción ¿qué os diré? Abrid el libro de la historia y veréis la esclavitud enlazada con la ignorancia: el pueblo ignorante siempre será esclavo, es una consecuencia ineludible.

Cuando dicen: Al hombre del campo ¿qué falta le hace saber leer para labrar la tierra?... A ese el primero, porque como la civilización ve que la agricultura es una de las primeras fuentes de la vida, la más necesaria, sin duda alguna, ha estudiado, practicando, perfeccionando las penosas faenas agrícolas y en el abono de las tierras, en su labranza, en su siembra, en todos sus trabajos, se han hecho adelantos maravillosos que para apreciarlos es necesario conocerlos y sólo estudiando se consigue esto.

La instrucción es la regeneración de la humanidad, el bautismo de fuego que purifica nuestro ser, y el Espiritismo es el barreno que perforará las inaccesibles montañas de la superstición y el fanatismo; seamos todos obreros. Cada centro espiritista es un laboratorio donde se funde la felicidad de los pueblos, la emancipación universal, la civilización verdadera, que es el progreso moral, la ley de Cristo, eterna y única.

Hermanos en creencias, paz y fraternidad.

El árbol de la vida

I

El árbol con flores

Por una feliz coincidencia, he visto en un día a cinco seres; cuatro de ellos me eran muy queridos, al quinto no le conocía en la tierra: de las impresiones que he recibido voy a hacer partícipe a un amigo universal, que un gran hombre político llamaba masa leyente.

Los que tenemos la facilidad de emborronar papel, nos creamos una necesidad imperiosa, que nos obliga a decir lo que sentimos; a esta clase de escritos los llamaba Lamartine, confidencias y realmente lo son; expansiones del alma que se asfixiaría si no pudiera renovar el aire de sus múltiples impresiones.

Todos los hombres, sin distinción de razas ni de jerarquías, somos hermanos; pero en la gran familia universal tenemos más cariño y nos une más íntima simpatía con aquellos que se encuentran a la misma altura que nosotros moral o intelectualmente.

Dice el adagio que hasta los aires quieren correspondencia, y es muy cierto; la melancolía busca el dolor, el placer a la felicidad, los soñadores a los poetas, visionarios de todos los tiempos.

Entre los seres que están más cerca de mí por la identidad de pensamiento, existe un poeta de una inspiración gigantesca, que halla la tierra muy pequeña comparándola con las miríadas de mundos que él ve en su mente; estos espíritus elegidos, estas flores trasplantadas, se encuentran mal, muy mal, en este planeta; viven lánguidamente, porque les falta luz, aire y rocío.

Al hermano de mi alma yo le veía morir, porque el frío de nuestra positivista sociedad penetraba hasta la médula de sus huesos, y yo lo lamentaba, porque comprendía todo el bien que él podía hacer a la humanidad, irradiando su luz por medio de sus sonoros e inspirados versos, en los que pintaba con vivísimos colores cuanto el hombre puede entrever en el inmenso lienzo del infinito.

Yo lo deploraba, sí, y rogaba a Dios ardientemente, que enviara a la tierra una de esas criaturas santas y cándidas y la pusiera en la senda del poeta, para que éste pudiera vivir y amar, pudiera amar y vivir, mejor dicho, porque el amor es la esencia, es la savia de la vida.

Dios escuchó mi ruego; la hora de redención llegó para mi hermano, y una niña dulce y delicada, simpática y expresiva, atrajo sus miradas; más tarde su atención, luego... su amistad, su interés y por último su amor.

Existe semejanza en su envoltura material, identidad en sus pensamientos; son dos gotas de agua desprendidas de la misma nube; son dos notas unísonas; son, en fin, dos almas gemelas, que deben conocerse mucho tiempo ha, y haber seguido siempre la huella una tras de otra, como sigue la luz a la sombra, el eco a la voz, y la ceniza al fuego, ¡Dios los bendiga!...

Cuando los veo juntos, cuando sus juveniles cabezas se inclinan al peso de su esperanza y de su amor, no puedo menos que decir: éste es el árbol de la vida cubierto de flores, ésta es la aurora de la existencia terrenal.

Cuán bien decía Mignon: «¡Oh! primavera, juventud del año! ¡Oh juventud, primavera de la vida!»

El lazo social del matrimonio no los ha unido todavía, ante los hombres, pero la cadena de su eterno himeneo debe haberse formado muchos siglos ha.

No hay nada más hermoso que las flores del jardín de la vida; no arreciéis vientos del infortunio, no marchitéis sus corolas; dejad que su fragancia embalse los valles del dolor...

II

El árbol con fruto

Si mucho me atrae las personas de elevada inteligencia, no me inspiran menos interés esas almas sencillas y buenas, cuyo progreso moral admiro, envidia y respeto. Durante algún tiempo, he vivido al lado de una joven, que reúne las condiciones antes expuestas, hija del pueblo, honrada trabajadora, vivió hasta los 20 años, sin más aspiraciones que mantener con el fruto de su trabajo, a su madre y hermana.

Muchas veces la miraba y decía: Qué buena sería esta muchacha para casada; sería el ángel del hogar, teniendo para su marido una sonrisa, y un inmenso amor para sus hijos, multiplicando sus facultades y convirtiendo en verdadera poesía la prosa del matrimonio.

Hay mujeres que sirven para los salones, y para los gabinetes de estudio, hay otras que nacen para formar familia, humildes tórtolas cuyo dulce arrullo es la música más armoniosa que resuena en los oídos del hombre: la joven a quién me refiero era de las últimas.

Por intuición preveía yo su vida futura, y una feliz realidad ha venido a comprobar la exactitud matemática de mis presentimientos. Llegó una hora bendita y mi heroína encontró la otra mitad de su ser, se cumplieron las formalidades sociales y hoy vive sola con su marido en un pequeño cuartito. Nada más agradable que aquel modesto rincón.

En una salita sencillamente amueblada, se ven dos mesas, una grande y otra pequeña: en la primera plancha ella primorosamente, en la segunda tiene él todos los utensilios de su oficio, que es zapatero.

Los dos son jóvenes; en sus rostros no brilla la llama del genio, pero les da sus tintes suaves la perfecta bondad que encierran sus corazones. Viven el uno para el otro completamente; en sus sencillas aspiraciones no ambicionan más que tener salud para trabajar, y al verlos tan unidos, tan felices y tan buenos, no puedo menos que exclamar: Este es el árbol de la vida, cargado de fruto; que ninguna nube llena de granizo arroje sobre ellos la piedra del dolor.

III

El árbol seco

Dije al empezar esta confidencia, que en un mismo día había recibido tres impresiones distintas, que me habían impulsado a escribir el recuerdo de ellas.

Primero encontré a mi hermano el poeta, con su prometida: ellos no me vieron, son demasiado felices ahora para ver a nadie; después de verlos, dije: ya he visto la flor de la vida, voy a ver el fruto y fui a ver a la joven desposada; aspiré algunos momentos el aura de su paz y su alegría y murmuré al salir de aquel nido bendito: iré a un hospital y veré el árbol de la vida, sin su manto de hojas, descarnado y seco.

Lectores, ¿os acordáis de Angela, la pobre ciega a quién dediqué una de mis incorrectas cartas? Tal vez alguno se acuerde de ella; pues bien, fui a verla y cuando besé su frente y contemplé sus muertos ojos, y escuché sus quejas, mis lágrimas se unieron con las suyas y dije con acento entrecortado: éste es el árbol seco. De pronto un rumor confuso llegó a mis oídos, como si muchas personas hablaran a la vez, y a poco cruzaron ante mí varias hermanas de la caridad y algunos hombres, que llevaban una caja mortuoria; se pararon ante una cama y cogieron el cadáver de una mujer, cruzaron nuevamente el salón y yo pregunté:

—¿Deja familia la muerta?

—No, me dijeron varias voces, —y ha hecho muy bien en morirse, porque con la enfermedad que tenía, sufría ella y hacía sufrir a los demás con sus lamentos.

¡Esta fue la oración fúnebre que consagraron a la pobre mujer, que durante algún tiempo había sido su compañera de infortunio!

Algo sentí en mi corazón, y me acerqué a la cama vacía, derramando una lágrima a la memoria de aquel ser desheredado en la tierra, que no había tenido en la partida ninguna mano cariñosa que cerrara sus ojos.

—Quién eres, pregunté, y una voz clara y precisa, me contestó:

—Ya te lo diré.

Al escuchar aquellas palabras mi cuerpo tembló, cerré los ojos queriendo ver más y las enfermas que me rodeaban, dijeron en coro:

—Esta señora se pone mala; es natural, si el aire está inficionado con el olor que ha dejado la muerta.

Nada contesté a aquellas pobres gentes, porque no me habían de entender. Las dejé en la creencia que tenían, aunque nunca me había encontrado mejor. ¡Oh! ¡revelación divina! por ti ha muerto la muerte: yo he contemplado un cadáver olvidado de todos, que sólo por las leyes de higiene le concedían sepultura; y al murmurar con pena éste es el árbol seco de la vida, escuché una voz que dijo: —Ya te diré quién soy... sí: yo la oí, no me

cabe duda y me quedé sentada junto al solitario lecho que antes ocupaba la difunta, porque había algo que me detenía allí, estrechando en mis brazos a la pobre Angela, a quién dije con profundo sentimiento: ¿Por qué no serás espiritista?... ¡Dios mío! préstale inspiración para que te conozca en espíritu y en verdad.

Plegue al Eterno escuchar mi plegaria, porque conociendo el Espiritismo, el árbol de la vida florece eternamente. Sus flores, sus frutos y sus hojas secas se confunden en una sola flor, cuyo perfume embalsama el universo.

¡Bendito sea el Espiritismo! porque es el jardinero que, en la estufa de la civilización, hace florecer eternamente el árbol del Progreso.

El Espiritismo es la regeneración social, es el verdadero bautismo de los pueblos, es la tierra prometida; lleguemos a ella: tiene dos caminos, la ciencia y la caridad, sigamos por ellos, y el que llegue primero que guarde sitio para los que se quedan atrás.

1875

La apariencia y la verdad

La devoción sin la virtud
es la más odiosa y sacrílega
de las caricaturas.

Louis F.

I

El aforismo que corona estas humildes líneas, le sirve también de base a, este pobre trabajo. Hay ideas que pueden servir de cimiento y de cúpula al mismo tiempo, tal es el valor y la verdad que encierran.

¿Quién dejará de conocer que la falsa devoción es la cizaña que ha venido destruyendo los sembrados del mundo, desde que éste tuvo condiciones suficientes para que el hombre habitara en él? Ninguno en el fondo de su conciencia negará esta verdad.

Todas las religiones son buenas en principio, todas ellas tienden a reconocer una fuerza superior rindiendo culto a una inteligencia divina. Los hombres, por instinto, han adorado a un algo más o menos digno de homenaje, pero puesto en relación con su inteligencia.

Las guerras, para nosotros, no tienen razón de ser; pero las guerras religiosas las encontramos aún más absurdas, porque la fuerza bruta podrá rendir al cuerpo, mas no a la idea; ésta es cual la zarza de Moisés que siempre arde.

No debemos tratar de arrojar a los ídolos de sus pedestales, lo que es necesario, lo que debemos hacer es, quitar la careta a los malos creyentes y a los falsos sacerdotes. Los ídolos caerán abrumados por el peso de la civilización. Bastantes han caído ya; no se necesita derribar los templos, ellos solos se desplomarán; todos los siglos dejan ruinas y sobre ellas se levantan las nuevas fábricas de la inteligencia humana.

No debemos decirles a los hombres: tu Dios no es el mío, porque no hay dioses, sólo hay un Dios: las, más luz produce la sombra; lo que sí debemos exigirle es el cumplimiento de un deber dentro de su doctrina. Sea cual sea, los nombres de

María, Cristo, Mahoma y Buda, no debemos vulnerarlos; ellos representan distintas civilizaciones, necesarias todas al progreso paulatino de la humanidad. Nuestra obligación es inquirir dónde se practica la verdadera caridad, donde se hace el bien por el bien mismo, donde el hombre sin ser santo, ni mártir, llega a ser bueno; y allí donde encontremos ese ave fénix, allí debemos cantar el hosanna y aleluya, sea en la Pagoda china, en la Sinagoga judía, en la Mezquita árabe, en la Catedral cristiana, en la Capilla evangélica, en cualquier paraje; la caridad no tiene templo determinado, porque como emanación de Dios, no puede reducirse, no admite ni límites ni fronteras. ¿Y cómo admitirlas, siendo el fluido universal, la esencia divina, el germen que hace brotar la semilla del progreso?...

Dice un antiguo adagio: que el hábito no hace al monje, y es muy cierto. De nada sirve la humildad en el traje, si la soberbia se anida en el corazón.

¿Quién necesita del médico? El enfermo.

¿A quién le hace falta ver? Al ciego. Mas ¡ay! cuantos enfermos mueren sin el auxilio de la ciencia; cuántos ciegos cruzan errantes la tierra sin encontrar siquiera un can que los guíe.

Hace algunos años, que vimos morir a una mujer víctima de la falsa devoción, juguete que las preocupaciones arrojaron en medio de la sociedad, y ésta, como niño mal intencionado, la destrozó a su placer. Aunque a grandes rasgos, vamos a trazar la verídica historia de esta víctima del falso cristianismo

II

Vivía en Madrid, (la fecha no hace al caso) un matrimonio, que pasaba tranquilamente la vida ganando el alimento con el fatigoso trabajo; una niña, con figura de ángel, vino a unirse con ellos; y pobres y desapercibidos cruzaban el áspero sendero de la tierra, sin que una nube eclipsara el sol de su tranquilidad.

Llegó un día funesto en que una mujer muy hermosa atrajo las miradas del honrado jornalero, y éste, sin darse cuenta de lo que sentía, sin poderse dominar, impelido por el más delirante deseo, por el vértigo de la locura, abandonó a su familia, para consagrarse libremente a su impura y fatal pasión.

La esposa olvidada y su pobre hija, siguieron viviendo tristemente, siendo su único consuelo ir a la Iglesia y rezar rogando a Dios por el asesino de su felicidad. La madre era una santa, y su hija un ángel que acostumbrada desde niña al recogimiento y al misticismo, soñaba con ser esposa de Dios, y su digna madre, (que no sabía más) se alegraba de los buenos pensamientos de su hija Consuelo, sintiendo no tener dinero para darla el dote y complacerla dejándola vivir entre espesas rejas y altos muros, que nos hacen recordar las intencionadas frases del poeta: ¿Si rejas para qué votos, si votos para qué rejas? Pero ya dije antes que por muchos caminos lleva Dios hacia Él a los suyos; y Consuelo y su madre eran dos seres que, como dicen los católicos romanos, no habían perdido la gracia del bautismo; y eran queridas y respetadas de todos aquellos que veían su modo de vivir,

Hay seres cuya expiación es muy penosa, y la de estas dos criaturas fue superior a y fuerzas humanas. El infiel esposo, que siempre había sido un hombre honrado, inducido por la indigna mujer que le había hecho olvidar sus más sagrados deberes, tomó parte en un asesinato, del cual se arrepintió sinceramente, entregándose él mismo en poder de la justicia, pidiendo el castigo de su crimen. Como era un hombre de buenos antecedentes, muchas personas de alta posición social se interesaron por su vida, y su esposa fue la primera que pidió y suplicó a jueces y abogados y aún a la misma reina; pero todo en vano; la justicia humana debía cumplirse y se cumplió.

La santa hermandad de la Paz y Caridad, siguiendo su piadosa costumbre de pedir para la familia del ajusticiado, recogió una suma considerable que entregó fielmente a la desolada viuda, la que cumpliendo con su santa misión de madre, le dijo a Consuelo:

—Hija mía, ya puedes realizar tu deseo, ya puedes vivir retirada del mundo pidiendo a

Dios que perdone a tu padre.

La joven, fanatizada por su amor divino, (disculpable en ella porque no había visto más) acogió gozosa la propuesta de su madre y se decidió a darle un adiós a un mundo fratricida, que se convirtió en verdugo, matando al que mató. Pero... ¿era Consuelo digna de ceñir el velo de las vírgenes? La casta niña, que no conocía más sitio que su humilde casa y el templo vecino a su morada, ¿podía alternar y vivir con las esposas elegidas por el Eterno? No; la joven era buena, muy buena; pero la hija de un ajusticiado no podía admitirse en ninguna comunidad religiosa.

En varios conventos pidió asilo, pero en todos le dijeron: vete... y por no contaminarse con la familia del ahorcado, tuvieron valor algunos sacerdotes de quitarles la ropa, que su madre y Consuelo planchaban para el uso y ornato de varias Iglesias.

¿Es esta religión evangélica de Cristo el cual decía: venid a mí los que estáis cargados y afligidos? No, y mil veces no; la institución religiosa que aparta de su seno a una niña inocente por el solo delito de ser hija de un desgraciado criminal, no comprende ni practica la suprema ley de Dios.

III

¿Si el prior no reza, qué harán los frailes? Si las hijas de Dios desdeñaron a Consuelo, ¿qué habrían de hacer los hijos de los hombres? Despreciarla también.

La pobre madre temía morir y dejarla sola en la tierra: así es que no era extraño pensara en casarla. Un hombre sin corazón, un lobo con la piel de oveja, fijó sus ojos en el dote de la huérfana y se casó con ella. Sus multiplicados vicios consumieron en breve la modesta fortuna de Consuelo, y la pobre joven, enferma, examina, insultada y escarnecida por el crimen de su padre, fue a buscar en un hospital un lecho para morir. Allí la fuimos a ver, allí fuimos a estudiar en el libro de las aberraciones humanas.

¡Pobre Consuelo! no somos amigos de la reclusión; la clausura no es necesaria para consagrarse a Dios; pero para ciertas inteligencias limitadas, para esos espíritus débiles y obsesados, es conveniente la vida vegetativa; para algunos seres, los conventos son mundos en formación, donde los espíritus se reconcentran y en el silencio y en el reposo esperan una vida mejor.

Repetimos mil y mil veces que no estamos conformes con la vida monástica; pero como todo en el mundo ha tenido su razón de ser, los monasterios también la tuvieron, la ciencia y el estudio del arte se albergó en ellos, y la inocencia y la candidez de la ignorancia encontró en los claustros un triste asilo. Hay criaturas cuyo espíritu se puede comparar, en inteligencia y en acción, a un niño recién nacido.

¿Puede este andar por sí sólo antes de uno o dos años? no; pues de igual manera hay espíritus que están en la infancia y necesitan que los guíen y los sostengan. Consuelo era uno de ellos: hubiera sido dichosa en la metódica vida de la celda, el cilicio y el ayuno; pero viéndolo hacer a otro, viviendo en comunidad, imitando siempre; porque en su mente no había más luz. Sin saber vivir, cuando se encontró en el mundo, despreciada de todos, no supo más que llorar y enmudecer; no pensó en buscar religión más humanitaria; para ella la herencia del pecado era legítimamente justificada, y su

alma buena adoró a un Dios malo, que le decía: «cede, no eres digna de mí, porque tu padre pecó.»

IV

¿No merece una enérgica censura semejante proceder? estar rezando noche y día para luego decir al sediento: no tenemos agua para ti.

—¡Que me muero de sed!

—¿Qué nos importa...?

Dijo Madame Raquel ante la guillotina:

—«¡Oh! libertad! cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

Nosotros también decimos: ¡Oh religión del crucificado!... como crucificas a las criaturas cándidas y sencillas! ¡Tú tan grande, tan consoladora! tan verdaderamente compasiva... cuántas quejas has desoído... cuántas lágrimas has hecho derramar, cuántos cuerpos quemaste y cuántas inteligencias has atormentado, negando la verdad, despreciando la ciencia, cerrando los ojos a la luz, y animando con el soplo del egoísmo a la helada estatua de la fe ciega. ¡Autómata galvanizado, que ha girado torpemente marcando un límite al progreso...!

El llanto afluye a nuestros ojos cuando leemos la historia de la humanidad, tan llena de horrores y de crímenes. Y todo ¿por qué? por no comprender a Dios, por crear el hombre, fantasmas inadmisibles que halagaban sus apetitos, sus vicios, su mentira y su hipocresía.

¡Diosa de la Razón, ven a reinar sobre la tierra; tu cetro es la verdad, tu corona la civilización, tu manto el progreso, tu trono la caridad, tu mundo el universo, y entonces la plegaria no será una monótona oración, no se comprarán credos ni salves, ni se pagarán diezmos y primicias a una madre que nos lanza de su seno si no tenemos dinero bastante para pagar su hospedaje!

V

¡Espiritismo! ¿Serás tú el Mesías prometido? ¿Serás tú la regeneración y la liquidación social?

No os asustéis de la palabra liquidación, que ésta no tiende a verificar un arqueo en vuestros bienes terrenales, no, guardaos vuestros tesoros. Nosotros queremos ajustar otras cuentas, no os pedimos ni un céntimo; pero sí os decimos: ¿Sabéis el Padre nuestro? ¿Sabéis los mandamientos de la ley de Dios? Ellos son la base de la felicidad, únicamente ellos, no lo olvidéis. Ni la púrpura cardenalicia, ni el sayal del ermitaño, ni la reclusión de las vírgenes, ni el imperial manto de armiño, ninguna de esas pompas ni de esos sacrificios, sirven para el progreso del hombre, si no guarda en su corazón un amor inmenso para sus hermanos, un amor sin límites; porque no basta que el mortal diga: yo no pecaré, es necesario que enseñe a no pecar a los demás, que los guíe, que los aliente, que no los abandone, que no se contente con darles un pedazo de pan, no; es

indispensable que los enseñe a querer, a sufrir y a perdonar.

¡Espiritismo! ¿Se encuentran en tu credo filosófico las bases de una nueva organización moral? Sí; se hallan en él, nosotros no tenemos templos ni monasterios, ni clero ni altares; pero hubiéramos tendido nuestros brazos a la pobre Consuelo, y la hubiéramos enseñado a perdonar y a creer en un Dios justo.

¡Cuántas víctimas tiene la falsa devoción! Bien dicen que es la más odiosa y sacrílega de las caricaturas. ¡Siglos de oscurantismo, pasad!

¡Épocas de luz, venid! y que una sociedad regenerada pueda bendecir la omnipotencia de Dios.

1875

Al mañana

Hace tiempo que, al mirar
la materia que me envuelve,
me dan ganas de llorar.
¡Problema! ¿Quién te resuelve?
¿Quién solución te ha de dar?

Cuando contemplo a mi ser,
que el dolor lo galvaniza,
que en sí no tiene poder,
cubierto por la ceniza
de las hogueras de ayer;

y miro que se disgrega,
que sus átomos separa,
que a vivir aquí se niega;
frente a frente, cara a cara,
le hablo al mariana que llega.

Mañana, voy hasta ti
llevando por capital
las lágrimas que vertí:
Dime tú, si este caudal
podré negociarlo ahí.

Si una existencia pasada
entre el dolor y la duda,
luchando desesperada,
de todo placer desnuda,
pobre, sola y olvidada;

pero, que siempre he cuidado
de no causar daño alguno,
que mi ambición he cifrado,
(no en hallar ciento por uno
que es afán hartó menguado),

sino en encontrar un ser
de criterio, de razón,
que pudiera comprender
lo que guarda el corazón
de dolor y de placer;

un alma gigante y pura
que del lodo desprendida
en esta cárcel oscura,
soñara con otra vida
después de la sepultura;

un espíritu que, en pos
de atrevido pensamiento,
exclamara: —«Una de dos,
si se muere el sentimiento,
¿qué es lo que queda de Dios?

«Mujer, si sueñas cual sueño,
y si la duda te asalta,
hallando pobre el diseño
de este mundo, pues te falta
de la fe el dulce beleño.

»Si dudas, cual yo dudé,
seguiremos estudiando
la historia de lo que fue,
ven... que quizá preguntando
encontraremos la fe.»

¿Quise mucho en mi ambición?
es por ventura imposible
hallar comunicación
con otro ser? No es creíble
que exista tal división!

Que enlaza la ley social
con vínculos verdaderos
a la grey universal,
mas sin duda existen cerros
en la cuenta terrenal.

Que a la izquierda colocados
no tienen ningún valor,
son átomos disgregados,
que buscan vida y calor
por los espacios lanzados.

Átomo errante yo fui,
sola, la tierra crucé,
frío en el alma sentí,
y entonces a Dios rogué,
que se acordara de mí.

Dios me escuchó, y lentamente
se disgrega mi organismo;
voy huyendo del presente,
y tengo ese pesimismo,
que no se explica, y se siente.

Contemplo mi enfermedad

cómo avanza paso a paso,
y siento extraña ansiedad,
mi cuerpo llega a su ocaso
y entro ya en la eternidad.

Y al entrar, me causa miedo
un algo desconocido,
a su triste influjo cedo,
y del tiempo, que he perdido,
escucho el acento quedo

que me dice: - «¡Desgraciada!
de ti quisiste huir,
sin saber, desventurada,
que es eterno el porvenir
y que es un mito la nada.

» Que el olvido del no ser
es un delirio, una idea,
que borrar quiere el ayer,
mas lo que el Eterno crea
nunca puede fenecer.»

—¡Nunca! ¿Pues qué, mi tormento
existirá eternamente?
no puede ser, yo presiento
de una manera inconsciente
la redención y el contento.

¿Cómo? ¡No lo sé, Dios mío!
mi pensamiento se afana
y en mi loco desvarío
invoco y digo al mañana:
—Solo en tu ciencia confío.

Mañana yo te lo ruego,
dime tú cómo he de obrar,
en mar de sombras navego
y pudiera naufragar
mi espíritu, que está ciego.

Ciego, sí; me voy a ir
y tengo terror y espanto
de llegar al porvenir,
que tal vez no valga el llanto
sino el modo de sufrir.

¿Tuve yo resignación?
cuando encontré clara luz,
¿extendí su radiación?

abrumada por mi cruz,
¿sentí desesperación?

Si, la sentí; pues negué
la omnipotencia infinita,
y tan sólo ambicioné
cubrir mi frente marchita
con la tierra que pisé.

Ansiaba abreviar el plazo,
creyendo, que con la muerte,
quedaba deshecho el lazo,
que en el mundo de lo inerte
tendía la nada su brazo.

Todo fue un sueño, quimera
de un pensamiento obcecado:
¡ay! ¡mañana! ¿qué me espera?
¿lucharé como he luchado?
¿sufiré de igual manera?

Tengo miedo del vacío,
me asusta la eternidad.
¡Misericordia, Dios mío!...
en tu suprema bondad
tan solo espero; en Tí fío.

Si me detuviese aquí
y dijese a los mortales
lo que en mis ensueños vi,
y las notas celestiales
que llegaron hasta mí;

si elevándome llegara
a conseguir que mi acento
la muchedumbre escuchara,
sintiendo con mi lamento,
llorando cuando llorara...

Mostrándoles de que hay dos
caminos en la existencia,
y que si vamos en pos
y la caridad y la ciencia,
llegaremos hasta Dios.

Pudiera así rescatar
el tiempo que perdí ayer?
¿qué haré para progresar?
-¿Di mañana?
-«¡Qué has de hacer!

las injurias perdonar.»

«¿Qué hizo Cristo? perdonó
de un pueblo la torpe injuria
cuando al Gólgota subió,
pues compadeció su furia
y a Dios por ellos rogó.

» Si para tí perdón pides,
perdona siempre en tu vida;
nunca mi consejo olvides,
mira muy bien cómo mides,
que así serás tú medida.

» Y no temas el perder
la envoltura que te oprime,
que empequeñece tu ser,
practica la ley sublime
y deja al tiempo correr.»

El mañana se alejó,
impresionada quedé,
mi organismo se agitó,
y desde entonces no sé
lo que en mi mente pasó.

¿Estoy en la tierra? Si;
¿siento morirme? Quizá
¿es que tengo un algo aquí?
¿es que tengo un lazo allá?
¿qué es lo que pasa por mí?

¿Será la perturbación,
que se apodera del alma
en la desencarnación?
¿sentiré la dulce calma
de la regeneración?

No lo sé; mas en verdad,
la materia, que me envuelve,
va perdiendo densidad;
pero... aún nada se resuelve...
no hay sombra... ni claridad.

Impresiones de viaje

Las palmeras

A mi hermano en creencias D. Manuel Ausó y Monzó

Hermano mío: Al despedirme te prometí darte cuenta de las impresiones durante mi viaje a Murcia.

Dijo Dumas (padre), que la exactitud era la cortesanía de los reyes; yo la hago más extensiva, pues afirmo, que la exactitud y el cumplimiento de lo que se ofrece es la cortesanía de toda la humanidad.

Quiero ser cortés contigo, dando principio a mi relato.

Era una de esas mañanas que pintan los poetas y los novelistas, con el cielo azul, el sol brillante y la brisa húmeda, en que la naturaleza se sonríe y parece decirnos: Venid a cruzar los valles, subid a las colinas y bendecid a Dios.

Aunque estamos en pleno siglo XIX, la red de los ferrocarriles no se extiende como debiera por toda España; aún hay diligencias con sus vocingleros mayoresales, aún se enlaza el pasado con el presente; pero como todo en el mundo tiene su lado malo, y su lado bueno, dijo un viajero (y dijo muy bien) que el tren sirve para llegar y la diligencia para ver, especialmente si se ocupa la berlina, digo yo. Lo primero que hace el viajero (si no le preocupa una idea fija) es contemplar a sus compañeros de expedición, queriendo leer en sus semblantes la escuela a que pertenecen.

En mi último viaje, dos materialistas me hicieron compañía: desde luego lo comprendí al ver la indiferencia con que contemplaban el paisaje, y más tarde en su diálogo positivista y comercial.

¡Cuán dignos de lástima son los materialistas! para ellos la naturaleza es un libro en blanco, en particular los que se dedican al comercio.

En los naranjos y limoneros no aspiran la fragancia de las blancas flores, de su simbólico azahar, no descansan a su sombra, cuentan únicamente y calculan, cuántos naranjos darán, y cuánto podrán producir.

La vida exclusiva del tanto por ciento es una existencia estéril para el alma. Los comerciantes son los mendigos del universo, he dicho mal, son los pordioseros del porvenir; tienen oro, mucho oro; pero ¿qué importa? cuando mueren no se llevan el numerario que poseían, ese se queda en la tierra; el alma no se lleva más capital que las obras buenas que ha hecho durante su peregrinación; mas mi pensamiento vuela, se aleja de su punto de partida, y justo es que volvamos a él.

II

Las cercanías de Alicante ofrecen pocos encantos a la ansiosa mirada del viajero; sus campos endurecidos por la falta de riego presentan estériles llanuras, circunvaladas por

áridas colinas; pues, aunque a largas distancias se divisan algunas quintas, cuyos jardines están regados por raudales de oro, (tanto cuesta la conducción de sus aguas), no hay riqueza de vegetación, no hay frondosidad, pareciendo que pesa sobre estos terrenos alguna maldición apocalíptica, anatema que se ha detenido ante la ciudad de Elche, pueblo ayer, hasta que Amadeo I le confirió honores bien merecidos, por sus rectas y limpias calles y bonitas casas, según pude ver rápidamente al pasar.

Amadeo la hizo ciudad; si yo hubiera estado en su puesto hubiese bautizado su campiña con el nombre de paraíso terrenal: porque nada más hermoso que los alrededores de Elche, un bosque de palmeras lo circunda. ¿Y sabes tú, hermano mío, lo que valen las palmeras? La palmera es uno de los árboles tradicionales que contemplaron con mucha admiración los indios y los egipcios; los primeros la modelaron en piedra y la colocaron en sus criptas y pagodas, santuarios misteriosos abiertos en el seno de las montañas.

La palmera es uno de los testigos de las primitivas civilizaciones. Cuántos recuerdos brotaron en mi mente al contemplar sus flexibles y gentiles ramas, que impelidas por la brisa, se inclinaban al suelo como si quisieran saludar los viajeros que echaban pie a tierra, aprovechando el cambio del tiro y la rotura de una rueda, lo que nos hizo detener en aquel delicioso lugar más de una hora; hora bendita, que jamás olvidaré!

Hay momentos sagrados, en que la suprema revelación nos cuenta nuestro ayer oculto a nuestras miradas por la grosera arcilla que nos envuelve. Mis ojos no se cansaban de mirar cuanto me rodeaba, que lentamente fue cambiando de forma y contemplé extensas llanuras, cordilleras de gigantescas montañas, torrentes espumosos y lagos en cuyos márgenes crecía el Loto, flor que divinizaron los indios, porque simbolizaba para ellos tres elementos: participaba de la tierra por sus raíces, del agua por su tallo, y del aire por su corola.

Multitud de hombres y mujeres de formas atléticas, de semblante cobrizo y con abigarrado ropaje, poblaban aquellos dilatados valles en los que yo era actor y espectador; pues me veía entre aquella gente: reconocía algo de mi ser en una de aquellas primitivas figuras de la humanidad. Y como cambian las vistas de un cosmorama, así variaban ante mis ojos los paisajes.

Egipto se extendía a mis pies, y allí sus sabios sacerdotes, geómetras por excelencia, profundos pensadores, que inventaron el calendario. Egipto pasó y apareció el Asia con su raza Fenicia, la que derribó los sagrados cedros del Líbano y con éstos formó los primeros buques que atravesaron los mares: y Tiro, Babilonia, Sabá, Jerusalén, Menfis y Palmira, Roma y Cartago, pasaron ante mí con sus grandezas, y con sus vicios, resonando después en mis oídos el estruendo espantoso de su caída, que hizo retemblar la tierra, levantando una nube de polvo, que sirvió de sudario al mundo antiguo.

Las palmeras eran los cristales ópticos que me presentaban las edades pasadas, envueltas ha mucho tiempo por la espesa bruma de los siglos. La palmera es un árbol bendito, es una de las primeras letras que componen el alfabeto de la creación.

Decía Mignon: ¡dichosa la tierra donde florecen los naranjos!... y yo dije a mi vez, ¡feliz la comarca donde dan su fruto las palmeras!

No sé cuánto tiempo hubiera durado mi éxtasis sonambúlico, si una voz poderosa no

hubiese gritado cerca de mí: viajeros, al coche; un estremecimiento penoso agitó mi ser y volví a la vida real.

III

Llegamos a Orihuela, donde nos detuvimos; en dicha ciudad, el pensamiento encuentra las sombras del pasado. La teocracia se sostiene en su carcomido trono, pero reina aún. En la huerta de Murcia también crecen las palmeras, aunque no con tanta profusión como en Elche. Su clima es agradable, sus paseos deliciosos: pero aquí se aspira un ambiente monacal.

Hay algo que oprime, algo que asfixia, y es que el aliento del pasado, lucha con la respiración gigante del presente. Lucha titánica en que ambos combatientes quieren llevar la ventaja, pero es indudable que el presente vencerá, porque en el orden eterno de la creación jamás ha retrocedido el adelanto. La marcha ha sido lenta, pero siempre progresiva.

En algunas ciudades, cuyos espíritus son muy atrasados o muy rebeldes, tardará más tiempo en penetrar la luz; esto es indudable. Los que a imitación de los cardenales que juzgaron a Galileo, dicen: No queremos mirar; éstos por ley natural tendrán que irradiar la luz por todo el globo terráqueo. Pero estos contratiempos no nos deben arredrar, hermano mío; nosotros debemos seguir propagando la buena nueva con nuestra palabra y nuestros hechos, con la voz clara del periódico y la narración científica del libro; nuestro deber es sembrar, que ningún grano se pierda.

Nosotros dejaremos la tierra sumida en la oscuridad, mas los siglos pasarán, volveremos a este planeta y recogeremos entonces la cosecha de la semilla que sembramos hoy. ¿Qué es para nosotros el tiempo medido por los hombres, cuando nuestra vida no tiene fin?

Los años pasan. ¿Y qué son los años? menos que un grano de arena en el reloj de la eternidad. Es cierto que el tiempo, viajero universal, se fatiga ante la lentitud de los sucesos, pero si sabemos cómo los ingleses utilizar el tiempo, la vida será más breve, y esperaremos menos en esta pobre cárcel llamada tierra.

Tratemos de vencer, hermano mío, la indolencia española; que no se escuche entre nosotros esta frase fatal de, matemos el tiempo; ganemos, en cambio, las horas con útiles lecturas, laboriosas e industriosas tareas, y con buenas obras principalmente, y nuestra estancia en este mundo nos será más provechosa para nuestro adelanto, y más leve nos parecerá la carga.

Adiós, amigo mío: roguemos por los ciegos que no quieren ver la luz de la verdad; por esos desgraciados hundidos en el abismo de la ignorancia, que la oración del alma es la cadena magnética que enlaza al hombre con el Ser Omnipotente, con el Eterno artista de la naturaleza, que dio perfumes a los lirios, canto a las aves, memoria a las golondrinas y sazonados frutos a los naranjos, a los plátanos y a las palmeras.

A la campana de la Catedral de Murcia

Eco solemne, acompasado y triste,
voz del pasado que hasta mi llegó:
al escucharte pienso que aún existe
sombra enlutada que por siempre huyó.

¿Por qué resuenas? Si el progreso ha dado
paso gigante, y nos mostró la luz
y su acento supremo ha comentado
la verdadera historia de la cruz.

Si las lenguas de bronce ya han perdido
el poder de su triste vibración,
¿por qué dejáis la tumba del olvido?
Volved a vuestro helado panteón.

¡Sombría Catedral! ¡Maciza torre!
me gusta contemplarte cual vestigio:
tú le dices al tiempo «¡corre!... ¡corre!
yo quedo aquí, cual sombra de otro siglo,

»Yo quedo aquí para decir al hombre
la historia y el misterio de mi ayer;
yo quedo aquí, para que al mundo
asombre el valor sin rival de mi poder.»

Como estatua de piedra te saludo,
pero si Pigmalión te presta vida,
si ya no eres fantasma triste y mudo
prefiero verte en polvo convertida,

Tu reinado pasó; llegó la hora
de redención para la humana grey,
¿sabes quién es del mundo la señora,
y quién nos dicta la suprema ley?

Es la razón, la emanación divina,
la verdad por los hechos demostradas
hoy la estrella polar nos encamina
para llegar al fin de la jornada.

Hoy no necesitamos de mentores,
porque hoy el hombre piensa por sí solo;
y el progreso difunde resplandores
de zona a zona, desde polo a polo.

Hoy la ciencia levanta sus altares
en la perforación de las montañas,

en separar las aguas de los mares,
y en conmover del orbe las entrañas.

El pensamiento busca al pensamiento,
y la inventiva busca a la inventiva,
y la sagrada oruga del talento
en su capullo ya no está cautiva.

Mariposa gentil tiende su vuelo
y del desierto barre las arenas;
y a las azules bóvedas del cielo
va el aeronauta a consolar sus penas.

¡Gloria a la luz! bendita sea la hora
que germinó la llama de la idea;
hoy el hombre comprende lo que adora
y por eso su ingenio crece y crea.

No crea las materias ya creadas,
pero las unifica y las enlaza;
y se encuentran por él trasfiguradas
y se va engrandeciendo nuestra raza.

Y todas las pasadas religiones
se pierden entre el humo del vapor,
para reinar mañana en las naciones
la religión divina del amor.

Por eso al escuchar de la campana
el eco grave, acompasado y triste,
pienso que lo que fue, lucha y se afana
por reducir a polvo cuanto existe.

Vano es su afán; el siglo diez y nueve
avanza demasiado en su carrera,
y el Universo entero se conmueve
cuando el titán audaz llega a la esfera.

¡Lenguas de bronce, que llamáis al hombre!
no le llaméis, dejó ya vuestro yugo;
el por sí solo busca su renombre,
que emanciparle a la razón le plugo!

El escucha la voz de su conciencia,
y arrepentido de su inercia llora;
y en el sagrado templo de la ciencia
halla de Dios la savia productora.

¡Pobre campana! cese tu sonido,
fáltate aliento, fatigada estás:

ve a dormir en la tumba del olvido,
que tu poder no volverá jamás.

1875

Ojo por ojo y diente por diente

Amigos invisibles, que en el lenguaje usual se llaman lectores, pero que invisibles sois para mí, puesto que no os conozco. ¿Os acordáis de una confidencia que os hice con el epígrafe El árbol de la vida, en la que os presentaba éste con flores, con frutos y seco? simbolizando este último período el cadáver de una mujer, que contemplé en un hospital, y a cuyo espíritu pregunté ¿quién eres? y escuché una voz clara y precisa que me contestó: ya te diré quién, soy; pues bien, como no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla, dicho espíritu pagó la deuda que conmigo contrajo, dando la siguiente comunicación por conducto de un médium escribiente mecánico, en distintas sesiones.

I

«Amalia, te dio pena ver mi cadáver sólo y abandonado, en poder de seres indiferentes que se alegraban de mi muerte, porque les hice sufrir con mis lamentos.

Mi soledad te inspiró simpatía y me preguntaste quién era yo; y agradecí tu espontáneo interés, pues me encontraba, (y es un caso bastante excepcional) sin turbación alguna, pudiendo apreciar y conocer cuánto me rodeaba. Hacía mucho tiempo que solía abandonar mi materia por espacio de muchas horas, y me había acostumbrado a ver a mi pobre cuerpo lleno de llagas y cubierto de podredumbre, por lo tanto, al desatarse los lazos fluídicos que me unían a mi envoltura, la contemplé sin sobresalto ni pena; tan habituada estaba ya a mirarla.

Tu voz amiga, fue el único eco que encontré en la tierra en mi larga peregrinación; mi vida fue una serie no interrumpida de sufrimientos, justo castigo de mis anteriores desaciertos.

II

En mi penúltima encarnación pertencí al sexo masculino, siendo mis padres honrados labradores en la provincia de Toledo; pero yo sin duda, en mi vida pasada fui el primogénito de algún duque, mirando con necio desdén las tareas agrícolas; viendo mi padre que no podía hacer carrera de mí, me envió a Toledo, al lado de un hermano suyo, que era canónigo, el cual trató de hacerme sacerdote; mas yo, que sólo pensaba en repartir estocadas y mandobles a diestro y siniestro, junto a, las rejas de las nobles damas, porque en mi ambición soñaba hacer fortuna por medio de un casamiento ventajoso, no hice caso alguno de sus buenos consejos y extrayendo de sus arcas cuánto dinero pude, hui de Toledo, acompañado de otra perdido como yo.

III

Granada fue la ciudad que elegimos para teatro de nuestras locuras; cambiamos de nombre y en poco tiempo nos hicimos notables por camorristas y alborotadores, saliendo siempre ilesos en las continuadas peleas.

Siguiendo en mi idea de casarme con una mujer rica, fijé mis ojos en una hermosa joven hija de una gran familia; ella también reparó en mí y me quiso desde que me vio, porque yo tenía la hermosura del ángel malo, como decís en la tierra, y subyugué por completo

a Clemencia, que era cándida y buena. Con el oro vencí la resistencia de su anciana dueña, que me facilitó la entrada en el jardín de la casa, donde hablaba con Clemencia, la cual debía casarse con un pariente suyo a quién no amaba; le propuse la fuga, pero ella casta y pura, se negó a ello y entonces le dije que un sacerdote nos bendeciría antes de abandonar el hogar paterno. Así fue: Mi compañero de aventuras, disfrazado con un hábito de fraile, me acompañó una noche y en un pabellón del jardín tuvo lugar la mentida y sacrílega ceremonia, siendo testigo la dueña de Clemencia: ésta, pálida y temblorosa, abandonó la casa de sus mayores, dominada por mi poderosa voluntad.

IV

Pasamos ocho días en una casa de campo: Clemencia era dichosa, y yo le dicté una carta para su padre, pidiéndole perdón y permiso para echarnos a sus pies; pero nuestra suplica fue en vano; la dueña de Clemencia contó a la madre de ésta nuestro secreto casamiento y enterado su padre, púsose furiosísimo, declarando que desheredaba a la hija ingrata, prohibiendo terminantemente que nadie la nombrara en su presencia, puesto que para él ya había muerto.

La dueña de Clemencia, despedida de la casa, fue la que nos enteró de todo lo ocurrido, dejándome desconcertado, porque echaba por tierra todos mis planes de riqueza y poder. Mi amigo me aconsejó que dejáramos a Granada antes que nos hicieran dormir a la sombra; comprendí que tenía razón y quise dejar allí a Clemencia; pero mi compañero no lo juzgó prudente diciendo: que tiempo había para esto; y salimos los tres con dirección a Cádiz; allí hice conocimiento con un capitán negrero y sin decir una palabra ni a Clemencia ni a mi amigo, me embarqué con rumbo a Cuba.

Durante el viaje no dejó de turbar mi sueño un vago remordimiento: Clemencia iba a ser madre, y la dejaba abandonada en una ciudad extraña; mas a fuerza de embriagarme acallé los gritos de mi conciencia.

V

Me asocié con el capitán del buque y al cabo de dos años había hecho buen negocio, vendiendo a mis hermanos. Conocí a una linda criolla, que era inmensamente rica y tres meses después era mi esposa. Permanecí en Cuba algunos años y después decidí fijar mi residencia en Madrid.

Emprendimos el viaje, y al llegar a Cádiz miré a todos lados con recelo, temiendo encontrar a Clemencia que ni un sólo día había dejado de ver en mi mente. ¡La víctima seguía al verdugo...!

Dejé la antigua Gades, sin perder momento y llegamos a Madrid, donde viví un año rodeado de un lujo fabuloso, queriendo a fuerza de aturdimiento desoír la voz de mi corazón, que continuamente me atormentaba. Mi esposa deliraba por mí, pero ella sólo me inspiraba la más completa indiferencia; mi pensamiento esclavo del oro, se encontraba como Tántalo: condenado a ver el agua y a morir de sed.

Mi vida era un infierno; dos mujeres me habían amado y yo nada había sentido. Muchas noches las pasaba en la crápula y en la orgía, volviendo a mi casa desesperado, pensando más que nunca en Clemencia. Una tarde salí con mi esposa y al anochecer

encontramos el viático en la calle de Toledo: mi mujer saltó del coche, más ligera que el deseo y suplicó al anciano sacerdote que subiera a él, siguiendo nosotros a pie.

Mi compañera era fanática en demasía, pero hacia muchas obras de caridad, siendo una de ellas el visitar a los enfermos. Me propuso que siguiéramos al viático por si el enfermo era pobre dejarle una limosna; accedí a ello y sin poderme dar cuenta de lo que sentía, ansiaba llegar.

Llegamos al fin a un callejón sucio y hediondo y entramos en una casa donde se aspiraba, un ambiente mefítico. Al final de un patio largo y estrecho, entramos en una habitación donde unas cuantas mujeres rodeaban una miserable cama, si tal nombre merece un mal jergón tendido en el suelo, húmedo y frío.

Una mujer ocupaba aquel pobre lecho, y al verla no pude contener un grito: Clemencia, moribunda, estaba ante mis ojos. La enferma se movió ligeramente, como queriendo ahogar un gemido.

El sacerdote se inclinó como para reconocerla y dijo con acento compasivo:

—Si yo hubiera sabido que me llamabais para auxiliar a Clemencia no hubiera venido, porque vestida y calzada se podrá ir a la gloria, que bien ganada la tiene, ¡pobre mártir...!

Se prosternó, oró breves momentos, bendijo a la enferma y salió diciendo: dejadla dormir, mañana volveré a verla. Mi mujer dio algún dinero a una de aquellas mujeres y salió tristemente preocupada, diciéndome que al día siguiente volvería acompañada de su médico.

VI

Nada la repliqué; pero enseguida que llegamos a casa, busqué a un célebre doctor, amigo mío, con quién me dirigí a ver de nuevo a Clemencia, que seguía sumergida en un profundo letargo. Mi amigo la miró con tristeza y me dijo: esta noche dejará de existir.

—¿Sin despertar de su sueño? le pregunté.

—¡Oh! eso sí; me contestó, y sacando de su bolsillo un pomito que contenía elixir, vertió en sus labios algunas gotas y mandó salir a dos ancianas que velaban a la moribunda.

Abrió Clemencia los ojos y entonces mi amigo la hizo beber lo que quedaba de aquel cordial. Momentos después un raudal de llanto bañó su rostro pálido, y reclinando su cabeza en mi hombro, me dijo con voz apenas perceptible.

—Al fin has venido, ¡cuánto tiempo te he esperado! ¿por qué has tardado tanto?

Yo no sabía que contestar; el dolor y el remordimiento más horrible, ponían un nudo a mi garganta y sólo pude murmurar: he sido un miserable, perdóname.

—Hace mucho tiempo que te perdoné, para que Dios y mis padres me perdonaran también.

—¿Y qué ha sido de ti?... cómo has vivido, Clemencia mía?

—Breve es mi historia: cuando te fuiste, a los tres meses un ángel vino a hacerme compañía; tres años vivió conmigo, y luego... tendió sus alas y se fue al cielo, ¡pobre hija mía! se murió muy a tiempo.

—¿Por qué?

—Porque yo de tanto llorar me quedé ciega; mi dueña vino a buscarme a Cádiz, y me trajo a Madrid, donde la ciencia pudo más que mi dolor, y volví a ver la luz del día. Habíamos agotado todos nuestros recursos de alhajas y de ropa y nos dedicamos a coser para poder vivir; pero mi anciana amiga murió en mis brazos y este triste suceso me hizo perder las pocas fuerzas que tenía, y tuve que ir a pedir limosna para llevar pan a mis labios; al fin caí enferma y estuve en el hospital muchos meses; después... me arrojaron de allí, porque se hizo mi enfermedad crónica, y últimamente encontré un alma buena que me dejó vivir aquí, y me he alegrado morir en la soledad, para que nada me distrajera y pudiera constantemente pensar en ti. ¿Y tú, dime, qué has hecho?

La iba a contestar sin saber qué decirle, cuando mi amigo se puso un dedo en los labios y me indicó con su mirada, que mirara bien a Clemencia; ésta había cerrada los ojos y de su pequeña boca destilaban algunas gotas de sangre, que recogí con mi pañuelo. De nuevo abrió los ojos, diciendo con acento apagado. — ¡Gracias, Dios mío! al fin le he visto, ¡muero feliz! y cayó sobre la almohada para no levantarse más.

Mi amigo me quiso arrancar de la fúnebre estancia, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; permanecí clavado ante aquel cadáver, sintiendo un remordimiento sin límites, y un amor inmenso y loco: desesperado, sin fe, sin creencias, sin consuelo alguno, acompañé, hasta el cementerio, a la sombra de mi vida, y después febril, jadeante, sin conciencia de lo que hacía, huyendo de mí mismo, corrí, corrí a la ventura y me precipité en el canal, terminando violentamente mi abominable existencia.

VII

Cuán equivocado está el hombre cuando cree que con el suicidio se acaba su tormento, y es, al contrario, que se multiplica ciento por uno. Todo el tiempo que al hombre le resta que estar en la tierra, cumpliendo su expiación, permanece en la erraticidad, sintiendo la violenta agonía de la muerte; yo por mí sé decirte, que contemplaba el canal, veía su agua turbia, y flotando en ella mi cadáver el que llegaba hasta la orilla, saltaba a tierra y se precipitaba de nuevo en la corriente, sintiendo en todo mi ser la inexplicable impresión, la angustia indefinible que había experimentado al morir, y volvía nuevamente a subir y a caer. No sé cuánto tiempo estuve así; porque en el espacio no se conoce el límite de los años; pero cuando se cumplió el plazo de mi vida, se me apareció el espíritu de Clemencia, que me dijo:

- ¡Desgraciado! tu obcecación nos separó en la tierra y por mucho tiempo nos separará en la eternidad; vas a encarnar de nuevo, elije prueba, y si la sufres con resignación,

recuperarás algo de lo que has perdido.

Desapareció la fulgente visión y yo pedí a Dios una existencia de martirio y humillación, ya que tan orgulloso había sido en mi vida pasada.

VIII

Volví a la tierra y escogí una familia rica; hija única, mis padres me adoraban y los perdí en edad temprana, quedando en poder de tutores, que mermaron mi fortuna, gastando yo el resto, a mi mayor edad, con la libertad más desenfrenada.

Cual otra impúdica Mesalina, me lancé en la vida del vicio, y como en esa senda, dado el primer paso, se va descendiendo hasta hundirse en el abismo, yo dejé de ser mujer, para convertirme en cosa, hasta que llegó un día, que, agostada mi belleza, pobre y sola, miré en torno mío, y lloré amargamente, porque todos huían de mí como si tuviera lepra. Razón tenían, yo tenía lepra en el alma, tarde reconocí mis desaciertos.

Tan escandalosa había sido mi vida, tan pública mi humillación, que no encontré taller para trabajar, ni casa donde servir; la sociedad me rechazaba, el hambre me hacía sentir sus terribles convulsiones y mi cuerpo cayó desplomado en tierra, devorado por la enfermedad. Diez años fui rodando por los hospitales, los cuatro últimos los pasé donde vistas mi cadáver. Clemencia me prestaba su amparo, por que sufrí con resignación mis acerbos padecimientos.

Cuando dejé la tierra salió a mi encuentro y me dijo: que había andado a jornadas dobles el camino, y que, en mi próxima encarnación, iría a un mundo mucho más adelantado que el vuestro.

Adiós, Amalia, me parece mentira que haya dejado mi andrajosa envoltura; la luz me rodea y siento en mí renacer algo grande, que jamás he sentido en ese triste y oscuro planeta. Te guardo gratitud por la compasión que te inspiré; tu eres el único recuerdo grato que tengo en ese mundo. Adiós; sigue resignada con el peso de tu cruz hasta llegar al calvario, y encontrarás después de la muerte, lo que nunca podéis soñar ni entrever en ese destierro: luz, vida y verdad. Adiós.»

Este resumen de dos existencias se obtuvo en varias reuniones. Yo, dejándole toda la verdad histórica, he cuidado únicamente de compendiarlo en lo posible por ser tan estrechos los límites de un periódico. Este relato manifiesta, que no se derrama una lágrima que no tenga su razón de ser.

¡Cuán grande es el Espiritismo! es la esencia de la razón. ¡Y que haya estado tantos siglos oculto a nuestro entendimiento!

Verdaderamente los espíritus que encarnamos en la tierra. (exceptuando algunos genios superiores que vienen a cumplir una gran misión), en qué estado tan deplorable de atraso nos encontramos! ¡Qué pequeña! ¡qué mezquina, y qué egoísta es la humanidad! y qué orgullosa al mismo tiempo: pero esto no debe extrañarse, porque no hay nada más osado que la ignorancia y la nuestra es ilimitada. Dijo Chateaubriand, que la naturaleza decía una palabra en cada siglo: y en el nuestro la pronunció también: ¡Espiritismo! La palabra más trascendental que ha resonado en el Universo, repitiéndola el eco de mundo

en mundo. Palabra mágica que cambiará todo lo creado. Ella llevará la civilización de polo a polo; de zona a zona; ella conquistará la tierra palmo a palmo, pero sin dejar tras de sí la sangrienta huella que dejaron Alejandro, César y Napoleón.

Dice Pelletan, que si la fuerza es el alma de la materia, en pago, la idea es el alma de la fuerza. Pues bien; esa será la soberana del orbe, la idea, crisálida de la razón por la cual el hombre conoce lo que vale, y el día que la humanidad reconozca sus defectos, dejará de ser la tierra un planeta de expiación.

Todas nuestras guerras civiles y religiosas, todas nuestras luchas íntimas de familia a familia, de individuo a individuo, no tienen más causa ni más origen, que la creencia errónea que abrigamos, que no nos da la suerte todo el bien que merecemos.

El día en que todos estén convencidos que no hay razas desheredadas, sino que cada cual se deshereda a sí mismo, reinará sobre la tierra la moral evangélica de Cristo: la humanidad formará una sola familia, y entonces no habrá escritores como Dumas (padre) que digan con fundada razón: «¡Hombres! ¡hombres! raza de cocodrilos!...»

Espiritistas de todas las naciones, roguemos al Omnipotente que la razón domine en el mundo.

1875

A mis hermanos los Espiritistas

Epístola (1)

Nos encontramos hoy de enhorabuena,
porque El Siglo Futuro ha declarado:
que en el espiritismo, cosa buena
no sé puede encontrar; pero ha fallado
que éste es una verdad; mas que el demonio
es el que esta doctrina ha propagado,
y que al espiritista en patrimonio,
le ha dado Satanás las brujerías
que turbaron la paz de San Antonio.

Y que somos los magos de estos días
y que nuestro poder se va extendiendo
(cumpliéndose olvidadas profecías)
Esto lo digo yo; porque leyendo
en la Biblia encontré que Joel dice: (2)
«Que según vaya el tiempo transcurriendo,
para que algo la tierra solemnice,
los mancebos verán raras visiones
y los viejos harán se immortalice
por medio de poéticos ensueños,
una época de amor, y que en el mundo
ni existirán esclavos, ni habrá dueños»

Esa época ha llegado y bien me fundo:
porque el Espiritismo, ¿qué ambiciona?
De que los siglos vuelen cual segundo,
y podamos ceñir triple corona
de ciencia, de virtud, de amor divino,
que es el que al Universo lo eslabona.

Esa es nuestra misión, nuestro destino,
y es el Espiritismo malhadado,
quien nos ha de llevar a ese camino.

¡Eres tú, Espiritismo calumniado,
al que la humanidad deberá un día
borrar con el presente su pasado!

La caridad será la hechicería,
pues la magia moderna en sus secretos
y entre sus malas artes, se extravía,
buscando del amor los amuletos
y el misterio sagrado de la ciencia,
que hace a los hombres grandes y discretos.

Queremos derribar la indiferencia,
queremos derribar el ateísmo,
que envenena del hombre la existencia.

Que se practique el bien por el bien mismo,
que la verdad domine a la injusticia;
esa tu misión es, ¡oh, Espiritismo!

Y por más que se ensañe la malicia
y tengamos potentes detractores,
la verdad brillará, porque propicia
la razón triunfará de los errores,
y el germen fecundante del progreso
hará brotar en el desierto flores.

Es el Espiritismo el gran suceso
que ha de cambiar la faz de lo existente;
por eso lo calumnian, si, por eso.

Porque en él ven la prueba convincente
que unificando antiguas religiones,
queremos la unidad tan solamente.

Un Dios, un solo Dios, sin tradiciones;
sin tiempo, sin figura, sin medida,
causa, efecto y porqué de las creaciones.

Un Dios que eternizando nuestra vida,
nos deje conquistar en nuestro anhelo
la perfección del alma ennoblecida.

Estos son nuestros dogmas; si en el suelo
todo lo grande tiene sus falsarios;
no por esto se acorta el raudo vuelo
del águila real; nuestros contrarios
examinen el todo de la idea,
no a una parte de pobres visionarios,
y un algo encontrarán que centellea
difundiendo la luz esplendorosa
de la razón que a la justicia crea,
por eso con sonrisa lastimera
contemplo a los que dicen que ofrecemos
un culto a Satanás. Es deliciosa
la inventiva, por Dios! Y que seremos
la causa de que pierdan los mortales
su eterna salvación. ¡Cuánto valemos!

¡Lo que pueden los genios infernales!
el mal domina al bien, esto aseguran
los que a Dios y a Satán hacen rivales.

Perdónalos, Señor, si en su delirio
de tu grandeza y tu poder murmuran.

¡Tú que le distes su perfume al lirio
y memoria a la hormiga, es imposible
que al hombre lo condenes al martirio!

Absurdo sin rival, inconcebible,
¡oh, Supremo Hacedor! ¿Cuándo en la tierra
comprenderán tu amor inextinguible?

Hermanos en creencias; cruda guerra
tenemos que sufrir, Dios los perdone
y a nosotros también, que amor encierra
nuestro lema, y a amar nos predispone;
la sátira y la burla ¿qué son? Nada;
aunque la vieja sociedad se encone
no logrará su fin; la luz sagrada
no se extingue jamás y brilla tanto...
que cuando en ella fijan su mirada
tienen que confesar que hay adelanto,
que del Espiritismo el poderío
se extiende y esto les produce espanto.

Confiesan en su triste desvarío
lo que quieren negar en su locura,
y entre el contra y el pro queda el vacío.

¡Espiritistas! Ya la luz fulgura
las sombras disipa del mañana.

La victoria en la lucha se asegura.
¡Luchemos por salvar la raza humana!

1875.

(1) Epístola inspirada por la lectura de un artículo que con el epígrafe de La magia moderna, publicó El Sentido Común, el 26 de Diciembre del año 1875, tomándolo de El Siglo Futuro.

(2) Profecía de Jóel, cap. II, v. 28 y 29,

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
Al Espíritu de Concepción.	5
Al Cristo de la laguna.	13
Cartas íntimas.	20
El amor propio.	26
Impresiones tristes.	32
A la infantil poetisa Catalina Carreras.. . . .	39
Los aniversarios de ultratumba.	46
A un poeta.	55
No hay culpa sin pena.	64
Bibliografía.	75
A la memoria de Allan Kardec.	81
Ideas vagas.	85
Al Cementerio.	95
El fanatismo.	101
El buen siervo.	110
La Ciencia.	118
Al inspirado poeta Mariano Chacel, por su galería de retratos lúgubres.	127
Cartas íntimas.	135
La unidad religiosa.	149
Cartas íntimas.	154
El árbol de la vida.	160
La apariencia y la verdad.	169
Al mañana.	181
Impresiones de viaje.	190
A la campana.	199
Ojo por ojo y diente por diente.	203
A mis hermanos los espiritistas.	219

